



Brigitte
EN ACCION

Lou
Carrigan

Week end

Mis condiciones siempre han sido las mismas. Stop. Espero que la CIA las comprenda. Stop. Siempre que el resultado de mi trabajo sea humanitario seguiré en la brecha. Stop. Pero sea o no sea aceptada de nuevo en la CIA mi corazón estará siempre con mis Simones. Stop. Os envío mis besos y mi amor y también mi vida si la necesitáis.



Lou Carrigan

Week end

Brigitte en acción - 119

ePub r1.1

Titivillus 23.05.2019

Lou Carrigan, 1969
Diseño de cubierta: Benicio
Diseño portadilla V Aniversario: orhi

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




PROYECTO SCRIPTORIUM



5º Aniversario

Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

El helicóptero se posó sobre la hierba, no muy lejos del gran edificio de la CIA en Langley. Las grandes aspas dejaron de girar formando aquel disco brillante a la luz de la luna en cuarto creciente. Y cuando todo quedó silencioso en aquella zona deliberadamente oscura, dos hombres se adelantaron hacia el aparato volador.

Casi al mismo tiempo, otro hombre descendía de éste, ataviado con un «mono» oscuro. Luego, otro hombre, más menudo, delgado, vestido de calle, corrientemente. Y, justo cuando los dos hombres llegaban junto al helicóptero, descendía la mujer, ayudada por el piloto y por el hombre menudo. Una ayuda que era innecesaria a todas luces, ya que la mujer tenía una graciosa agilidad de gatita. Llevaba un vestido de noche, muy escotado, corto. Los cabellos iban recogidos en la nuca, dejando bien visible el esbeltísimo cuello. No brillaba ni una sola joya en sus orejas, en su garganta o en sus manos. Era la belleza hecha simplicidad, o… la simplicidad hecha belleza. A elegir.

Uno de los que acudían al encuentro de los pasajeros del helicóptero se clavó materialmente en el suelo, delante de ella.

—¿Baby? —musitó.

La mujer alzó la cabeza, y pareció que sus ojos se llenaban de estrellas. Sus dientes blancos y pequeños brillaron en la cariñosa sonrisa.

—Hola, Simón —dijo.

—La están esperando —sonrió el hombre, suspirando como quien, de pronto, se siente tremendamente feliz—. Y tenemos un mensaje especial para usted.

El hombre menudo también miró al que había hablado, frunciendo el ceño.

—Soy el jefe del Sector de Nueva York —dijo—. Entiendo que la entrevista…

—Perdón, señor —murmuró el otro—. Sabemos muy bien lo que va a tratarse en esta reunión privadísima. Sin embargo, si usted nos lo permite, quisiéramos que Baby quedara enterada del mensaje que le tenemos preparado.

—No sé nada de ningún mensaje. Nadie me puso al corriente de ello. ¿De qué se trata?

—Por favor, tío Charlie —dijo Baby—. Quiero conocer ese mensaje. ¿De quién proviene, Simón?

Simón, es decir, uno de los muchachos agentes de la CIA que siempre estarían dispuestos a dar la vida por la agente Baby, la mascota, el amor, el cariño de todos los espías norteamericanos, sacó una linterna y lanzó un rayo de luz hacia un grupo de álamos.

—Ese es el mensaje —murmuró.

Evidentemente, su rayo de luz había sido la señal de que Baby había llegado a la Central de la CIA Y la respuesta a ese rayo de luz, el mensaje especial para la agente Baby llegó en el acto, también con puntos de luz, utilizando el sistema morse:

> «Todos los Simones del mundo envían mensaje especial a la agente Baby. *Stop*. Suplicamos acepte condiciones para reingreso en la CIA. *Stop*. Desde siempre con nuestro cariño firmamos:
>
> Simón»

Las señales luminosas cesaron allá, entre el grupo de álamos.

Hubo unos segundos de silencio. Por fin, fue Charles Alan Pitzer quien habló:

—No creo que esta iniciativa sea bien acogida en la Directiva —murmuró—. Las señales luminosas en este lugar no están permitidas, y todos aquellos agentes que han intervenido en esta súplica a la agente Baby deberán rendir cuentas de…

—¿Me presta su linterna, Simón? —interrumpió Baby.

El hombre la entregó inmediatamente, y la espía más divina y peligrosa del mundo la utilizó, para dar cumplida respuesta al mensaje que los representantes de todos los espías norteamericanos del mundo habían enviado a su ídolo desde el grupo de álamos. La respuesta fue la siguiente:

«Mis condiciones siempre han sido las mismas. *Stop*. Espero que la CIA las comprenda. *Stop*. Siempre que el resultado de mi trabajo sea humanitario seguiré en la brecha. *Stop*. Pero sea o no sea aceptada de nuevo en la CIA mi corazón estará siempre con mis Simones. *Stop*. Os envío mis besos y mi amor y también mi vida si la necesitáis:

Baby»

—A los directivos… —empezó Pitzer.

—Espero que hayan recibido el mensaje, Simón —musitó la espía, devolviendo la linterna.

—Los mensajes de Baby siempre encuentran su destino… De parte de todos, nosotros le decimos: bien venida a casa, Baby.

—Nos están esperando —gruñó Pitzer, con voz un tanto alterada.

Fueron hacia el gran edificio, los dos solos. Pitzer se sentía satisfecho de sí mismo, y, al tiempo, un tanto cohibido. Tras no pocos esfuerzos personales y mucha insistencia por parte de los jefes de la CIA, había conseguido convencer a Brigitte Montfort para que aceptase una entrevista privadísima, una especie de… juicio y estudio de los hechos que habían dado lugar a que la espía internacional más efectiva de todos los tiempos fuera expulsada de la CIA Ahora, por fin, la CIA había vuelto a llamar a la agente Baby. La habían llamado, no le habían «ordenado» que se presentase en Langley.

Diez minutos más tarde, Brigitte Montfort entraba en una gran sala casi completamente a oscuras. Sólo, en el fondo, había una tenue luz, detrás de una gran mesa en forma de arco, en la cual había nueve hombres, cuyos rostros permanecían en la sombra. El suelo brillaba de un modo tenue, y los pasos de Brigitte, calzada con zapatos de alto y fino tacón fueron el único sonido en la gran sala.

Por fin, se detuvo a unos quince pies de la mesa, donde nueve hombres, nueve siluetas en realidad, iban a tomar decisiones muy serias respecto a la mejor espía que jamás había tenido la CIA.

—Caballeros —musitó Brigitte—: muy buenas noches a todos.

—Buenas noches, agente Baby. ¿Considera acertado su

intercambio de mensajes con algunos de nuestros más… apasionados agentes?

—Si se refieren a las señales con las linternas, debo decirles que, simplemente, he quedado un poco emocionada.

—Ha sido una actitud del todo pueril por parte de algunos agentes, cuyo comportamiento será…

—Perdón —interrumpió secamente la espía—. ¿Van a decirme que van a… castigar o sancionar de alguna forma a algunos agentes que han querido demostrarme cuánto me quieren?

—Ha sido una iniciativa infantil.

—No hay nada mejor en el mundo que los niños. Ustedes se están resistiendo a admitir que Baby es algo más que una mujer asesina, astuta, implacable, infalible… Para miles de agentes de la CIA, Baby es un ejemplo de fidelidad, de compañerismo, de cariño, de dedicación al trabajo duro de los espías… ¿O van a decirme de nuevo que los espías no existen?

Hubo un instante de silencio. Luego, hasta Brigitte llegó el murmullo de una corta conversación un tanto excitada entre los ocupantes de la teatral mesa en forma de arco.

De nuevo la voz del hombre del centro:

—Olvidaremos ese pequeño asunto. Y vamos a admitir definitivamente que usted es la nota alegre de nuestro sistema de espionaje en el mundo entero.

—Muy agradecida. Y… Bien… Entiendo que ustedes tenían algo que decirme, caballeros. Soy toda oídos.

—Señorita Montfort: como todo organismo grande y poderoso, la CIA, usted lo sabe bien, tiene… unas ciertas normas de conducta que jamás pueden ser alteradas. Usted las alteró. ¿Cierto?

—Si se refieren al asunto del «Proyectil Caribe», cierto, yo alteré esas normas [1] .

—Queríamos preguntarle si está arrepentida de ello.

—No. Jamás. De ninguna manera. Y quiero dejar bien claro desde este mismo momento que si ustedes vuelven a intentar algo semejante, Baby volverá a luchar contra la CIA La alternativa, caballeros, es bien sencilla, puesto que ustedes me conocen ya perfectamente: o sigo luchando a mi manera, o prescindiré de la CIA Quiero que entiendan bien que mi fortuna personal asciende, actualmente, a más de veinte millones de dólares. Comparada con

los fabulosos recursos económicos de la CIA, resulta una cifra ridícula en extremo. Pero lo que me falte en dinero para luchar a mi manera, lo supliré con mi ingenio. El señor Pitzer me dijo que estaban dispuestos a ser razonables con mis puntos de vista, a estudiarlos. Soy terriblemente orgullosa, pero no estúpida. Les escucharé. Pero si ustedes no están dispuestos a escucharme a mí, la entrevista ha terminado.

—¿Qué nos dice del asunto de Lisboa?

En la oscuridad, no se vio la sonrisa de la divina espía.

—¿Qué asunto? No sé de qué me hablan, caballeros [2] .

Hubo de nuevo un breve silencio, y a continuación unos cuantos comentarios hechos con voz excitada. Las nueve figuras de hombres que ocupaban la mesa se movían, volviéndose unos a otros, moviendo las manos vivamente, haciendo gestos con la cabeza…

—Señorita Montfort, es evidente que usted no está dispuesta a discutir asuntos en los que ha intervenido al margen de órdenes recibidas de la CIA Muy bien: en el fondo, eso debería complacernos, ya que así no nos vemos obligados a agradecerle nada, ya que lo que usted ha estado haciendo durante su período de… expulsión no tiene por qué ser elogiado en forma alguna. De acuerdo. Esta reunión, muy importante aunque usted se lo tome con… simpática condescendencia, tiene un solo objetivo: recuperarla a usted para la CIA ¿Le parece que esto es posible?

—En general, nunca me gustó reñir con una persona y luego volver a esgrimir una amistad que sufrió un rudo golpe. Soy intransigente, quizá un tanto rencorosa, y, como ya he dicho, muy orgullosa. Pero les escucharé. ¿Qué tienen que ofrecerme?

—¿Ofrecerle? ¿Nosotros a usted?

—Ustedes me han llamado a mí, caballeros. No he sido yo quien ha vuelto a pedir… clemencia. Insisto: ¿qué tienen que ofrecerme?

—¿Aceptaría volver a ser agente de la CIA?

—¿Qué tienen que ofrecerme? —insistió secamente Brigitte.

—Más dinero, más poder de mando en…

—No, no, no… Caballeros, ustedes no lo entienden… No necesito más dinero, ni me interesa el poder de mando. Durante muchos años, sólo con una pistola y un maletín, he sido la mujer más rica del mundo, y la más poderosa. He destruido organizaciones fabulosas, he desbaratado planes de los servicios de

espionaje chino, ruso, británico… ¿Dinero y poder? El dinero no significa nada especial para mí, de un modo personal, al menos, ya que todo lo que necesito es comer y beber. Por si todavía no han leído mi expediente, les diré que la agente Baby puede subsistir bebiendo un vaso de agua y comiendo una manzana al día durante un mes. Eso es barato. ¿Poder? Tengo mi inteligencia, mi pistola, y amigos que causarían gran sorpresa en la CIA No necesito ni más dinero ni más poder. Ustedes están… tergiversando el asunto. Tengo amigos que tienen tanto dinero que jamás podría terminarlo, ni siquiera viviendo como una reina. Cualquiera de esos amigos se volvería loco de alegría si recurriese a él. Algunos son incluso reyes, reinas, presidentes de países, jefes de servicio de espionaje… Caballeros, a una petición mía, mil millones de dólares y varios modestos ejércitos se pondrían a mis órdenes. Y de nuevo insisto en mi pregunta: ¿qué me ofrecen ustedes que sea mejor que eso… después de haberme expulsado de la CIA?

—¿Qué pide usted?

Brigitte se echó a reír.

—Parecemos… gitanos —dijo—. Los gitanos son gente pintoresca que vive libremente en Europa, especialmente en la zona meridional. Recuerdo que en cierta ocasión, durante mi estancia en Granada, fui a ver un pintoresco barrio en una montaña, llamado Sacromonte. Allá, unos cuantos gitanos se empeñaron en venderme una guitarra. Yo debo tener cara de inocente, porque me pidieron diez mil pesetas, así, por las buenas. O sea, unos… ciento cincuenta dólares. Estuvimos discutiendo durante una hora, y es algo que nunca olvidaré, por la gracia que tuvo. Creo que pocas veces me he reído tanto. Ellos aseguraban que la guitarra era barata, que era una maravilla, que jamás encontraría nada igual… A cada momento, yo iba rebajando la cantidad… Me llevé la guitarra por mil quinientas pesetas, o sea, unos veinte dólares. Ellos pedían, yo hacía una contraoferta, ellos volvían a pedir, yo volvía a hacer una contraoferta…

—No estamos entre gitanos, señorita Montfort.

—Lamentablemente —suspiró Baby—. Al menos, ellos son terriblemente simpáticos y humanos. Un poco sinvergüenzas, es cierto, pero simpáticos y humanos. ¿Quieren saber lo que pido yo a cambio de volver a estar dispuesta a obedecer órdenes de la CIA?

—Eso es exactamente lo que queremos saber.

—Muy bien: no pido nada.

—¿Nada?

—Nada. No pido más dinero, ni más poder. Sería absurdo por mi parte. Sólo quiero seguir como antes, luchando a favor de mi país y de mi conciencia, y con miles de Simones esperándome en todo el mundo para hacer cosas que justifiquen la superioridad del ser humano. Con esto, caballeros, les estoy diciendo claramente que yo siempre soy yo, siempre la misma, siempre con los mismos pensamientos, opiniones y sentimientos. O me aceptan así, como siempre ha sucedido, o no hay nada más que hablar definitivamente. He terminado.

Otra vez un denso, tenso silencio. Nuevas consultas murmuradas, cuchicheadas. La mesa del consejo de la CIA estaba en verdad agitada.

—Señorita Montfort, dentro de una hora le diremos lo que hemos decidido sobre…

—No. Ahora. Llevo muchos años en la CIA para que ustedes tengan que estudiarme a estas alturas. Me conocen muy bien, saben lo que estoy pidiendo y lo que puedo proporcionar a la CIA a cambio de esa independencia absoluta de acción y de decisión. Quiero la respuesta ahora.

—Usted está hablando de muchos años al servicio de la CIA Según nuestros archivos, apenas son siete.

—Oficialmente, son siete, en efecto. Acababa de cumplir los veintitrés cuando entré formalmente a formar parte de la nómina de los espías norteamericanos. Antes, ya había prestado pequeños servicios al señor Pitzer, el cual debe estar ahora afuera mordiéndose las uñas, como suele decirse… ¿Siete años? Bien… Quizá no sea mucho en la medida normal de tiempo para los seres… normales. Pero en la medida del tiempo que tiene un espía que se ha jugado la vida casi diariamente, señores, esos años son muchísimo tiempo. Cualquier persona que durante siete años haya estado a punto de ser asesinada un millón de veces, se siente infinitamente anciana. ¿Siete años? Quizá… Para mí, no ha sido ésa la medida del tiempo. Y como mi medida del tiempo es muy personal, quiero la respuesta ahora.

—Sus exigencias…

—¡No son exigencias! —Casi gritó Brigitte—. ¡Les estoy hablando de mi vida, de una vida que ha estado a disposición de la CIA y de los Estados Unidos durante mil ocasiones de muerte! ¡Quiero saber ahora mismo si todo eso ha servido de algo o si me están tratando como a una máquina que no tiene sentimientos ni dignidad! ¡Quiero saber eso ahora mismo!

Y de nuevo el silencio. Un silencio profundo, grave, ominoso. Un silencio completo, ya que esta vez no hubo intercambio de opiniones, ni murmullos. Sólo silencio.

—Señorita Montfort, alias Baby —dijo por fin la voz del presidente de la mesa—: su jefe, el señor Cavanagh, la está esperando. Un agente la llevará a su presencia.

—¿Y eso… qué significa?

—Significa, exactamente, que la CIA acaba de readmitirla a usted incondicionalmente, aceptando todas sus… peculiaridades profesionales y humanas. De lo cual, este jurado se alegra de un modo personal. Sea para siempre bien venida a la CIA La entrevista ha terminado. Dios tenga piedad de la CIA.

Capítulo II

Míster Cavanagh acudió rápidamente al encuentro de Brigitte, mostrando su ligera cojera, con la diestra tendida, y una chispa de alegría en sus grises ojos fríos e inteligentes.

—La agente Baby… —murmuró—. Hacía tiempo que no tenía el placer de encargarle ningún trabajo.

—¿Cómo está el más viejo de mis Simones? —sonrió dulcemente Brigitte—. Oh… Olvidaba que no quiere que le llame así. Perdón.

—Por una vez, lo pasaremos por alto —sonrió Cavanagh—. ¿Qué tal, Pitzer?

—Magníficamente. Al menos, mucho mejor que estos últimos meses. No han sido agradables para mí… ni para mi Sector.

—Entiendo. Siéntense.

Pitzer se sentó, pero Brigitte no pudo hacerlo por la sencilla razón de que míster Cavanagh retenía su mano, mientras miraba con gran interés y mal disimulado afecto los más bellos ojos azules del mundo.

—Tengo un trabajo para usted —dijo de pronto, soltando la mano.

—¿Ya?

—Lleva esperándole algún tiempo.

—¿Cómo? —se sorprendió Brigitte—. Creo que no entiendo…

—Es un trabajo tan delicado que no he querido confiarlo a nadie. Sin embargo, de no haberse arreglado las cosas, por fin habría tenido que asignarlo a otro agente.

—Mmmm… ¿Entiendo que usted tenía la seguridad de que volvería al redil, señor? —murmuró Brigitte.

—Tenía la esperanza de que las gestiones de Pitzer y las mías propias harían comprender a los altos jefes que con usted estábamos realizando el peor negocio en la historia de la CIA.

—Ah… ¿De manera que, en definitiva, todo ha sido una…

maquinación de ustedes para que la CIA volviera a admitirme?

—No se subestime —sonrió Cavanagh—. En general, suele ser usted más orgullosa, de modo que no veo a qué viene ahora esta modestia. Sabe muy bien que la CIA tiene miles de agentes de primera categoría, pero ninguno más como usted. Baby ha sido siempre la gran sorpresa para nuestros ficheros, y la gran baza para nuestros momentos de máximo apuro. Le estoy diciendo que la CIA tenía pensado llamarla a usted hace tiempo, ya convencidos por Pitzer y por mí. Si no ha sido llamada antes ha sido por consejo mío.

—Ahora sí que no comprendo nada —exclamó Brigitte—. ¿Usted ha sido quien ha querido que Baby estuviera fuera de la CIA durante estos meses?

—En efecto. Y quiero que sepa que, oficialmente, todavía no ha sido readmitida. Para el trabajo que hace tiempo le tengo reservado, me interesa que en los círculos mundiales del espionaje, incluida la CIA misma, todavía estén convencidos de que usted no pertenece a nuestro organismo.

—¿Con qué objeto?

—Lo sabrá muy pronto. Mientras tanto…

—Un momento, míster Cavanagh… En estos meses, he tenido pequeños disgustos, y no quiero que las cosas sigan así. Me refiero a que algunos Simones que han tenido casuales contactos conmigo se han portado en exceso cautelosos a la hora de recibir mi colaboración. Personalmente, ellos han seguido siendo los mismos conmigo, pero tenían unas limitaciones que había que respetar. ¿Seguirán así las cosas, o todos los Simones del mundo sabrán muy pronto que Baby vuelve a ser el comodín de la CIA?

—Lo sabrán muy pronto… En cuanto usted termine el trabajo que la está esperando, nuestro sistema mundial de comunicaciones dará la noticia: Baby ha vuelto a casa. Eso será suficiente.

—Está bien… ¿Qué trabajo es ése? ¿Por qué lo ha estado guardando para mí? ¿Por qué quiere que todos crean que todavía estoy expulsada de la CIA?

Cavanagh llevó a Brigitte hasta un sillón junto al de Pitzer, y la sentó, sonriendo.

—Contestaré a sus preguntas por orden inverso —rodeó la mesa, se sentó en su sillón giratorio, y volvió a sonreír—. Quiero que

todos sigan creyendo que usted no pertenece a la CIA porque quizá eso dé lugar a que en el sitio adonde la voy a enviar surjan ofertas para la agente Baby en el sentido de que acepte trabajar para otros servicios de espionaje. Lo he estado guardando para usted porque es algo muy delicado y comprometido, de una envergadura tal que no quiero correr el menor riesgo en cuanto a los resultados…

—¿Conmigo no se corren riesgos?

—Ninguno en absoluto. Es un hecho curioso, pero cierto… Nos tiene a todos tan sorprendidos que incluso no hace mucho recurrimos a un cerebro electrónico para que nos aclarase el misterio. El cerebro recibió todos los datos relacionados con usted, con sus misiones, con el modo de resolverlas… Queríamos saber por qué la agente Baby no había fracasado jamás. ¿Quiere conocer la respuesta del cerebro electrónico?

—Por supuesto —rió Brigitte.

—Inteligencia y suerte. Sólo eso.

—¡Cómo! —protestó graciosamente Brigitte—. ¿Ese aparato maligno no dijo que también intervenía mi astucia, mi belleza, mi simpatía, mi audacia, mis dotes de…?

—Inteligencia y suerte. Y nosotros pensamos que una inteligencia que parece suerte es muy digna de ser tenida en cuenta. De todos modos, cuando un agente tiene suerte, ya no puede pedir más. La mayoría de los agentes, incluso los mejor preparados, incluso los que lo están más que usted, hubieran fracasado en las misiones que usted terminó con éxito. ¿Motivos?: mala suerte. Pero no nos engañemos… La suerte es sólo su cincuenta por ciento. El otro cincuenta, la inteligencia, también es digna de ser tenida en cuenta.

—¿Adónde deberé ir esta vez?

—Muy cerca de aquí… Al «Blue Bay Hotel», de Chesapeake Beach, en la bahía de este nombre.

—Eso está en el Estado de Maryland, a unas treinta millas de aquí… ¿No?

—Exactamente. Sólo a treinta millas de aquí. Pero el asunto es tan importante que, a decir verdad, todos estamos un poco asustados. Empezaremos por los personajes… Los va a ver en magníficas fotografías a todo color.

Colocó sobre la mesa el pequeño proyector portátil, apretó un

botón que dio lugar a la oscuridad en el despacho, y, en seguida, la imagen de un hombre apareció en el panel especial de la pared de enfrente. Un hombre de algo más de cincuenta años, rostro bronceado, cabellos grises, mirada inteligente y clara, rostro enérgico. Llevaba uniforme.

—Este es el general Ashley Rosewall, del Estado Mayor del Pentágono. Se verá usted con él este fin de semana en el «Blue Bay Hotel» de Chesapeake Beach, para cambiar impresiones. Con esa conversación y los datos que yo le daré ahora, se pondrá en acción. Como siempre, no tengo consejos que darle. Sólo quiero que tenga éxito… Veamos ahora a los siguientes personajes.

La imagen cambió. Apareció ahora el rostro de un hombre como de cuarenta años, varonil, agradable, de aspecto inteligente y simpático. También llevaba uniforme.

—Este es el comandante Malcom Lyles, de la USAF, adscrito a los servicios estratégicos del Pentágono. Tiene cuarenta años. Soltero. Su inteligencia es tan clara y notable que, desde West Point, pasó inmediatamente a destinos estratégicos, donde ha permanecido. Su único variante es que acabó por decidirse por la aviación. Por lo demás, es hombre de metas fijas, tenaz, y, como he dicho, muy inteligente. Este otro es el comandante Ronald Gruson, también de la USAF Tiene cuarenta y dos años. Casado, sin hijos. Su trayectoria es parecida a la de Lyles, sólo que Gruson estuvo combatiendo en Vietnam a principios de la contienda. Fue muy pronto licenciado para el servicio activo, y enviado a Washington, donde también ha puesto su inteligencia a disposición de los servicios estratégicos del Pentágono. Y, por último, éste es el coronel Henry Jenkins, asimismo de la United States Air Force, y también adscrito a los servicios estratégicos del Pentágono. Tiene cincuenta y dos años, casado, con tres hijos. El mayor de esos tres hijos está precisamente ahora combatiendo en Vietnam, con el grado de teniente, y, desde luego, en las Fuerzas Aéreas. Los otros dos hijos están en la Universidad de Harvard. El coronel Jenkins combatió en Corea, y si no lo está haciendo ahora en Vietnam es porque se consideró por el Alto Mando que sus servicios eran más útiles en la estrategia… Estos son los personajes, Brigitte. ¿Quiere que los vuelva a pasar?

—No es necesario —murmuró la divina—. Los reconoceré

siempre, dondequiera que los vea.

—Muy bien.

Se apagó el proyector y de nuevo brilló la luz del despacho de Cavanagh, que durante unos segundos se dedicó a guardarlo todo en orden, pensativo. Sombríamente pensativo.

—¿No hay más personajes? —murmuró Brigitte.

—No.

—¿Sólo tenemos estos cuatro, norteamericanos todos?

—Así es.

—Bien… ¿Qué pasa con ellos?

—Hay uno que es traidor a la patria. No uno de los cuatro, sino uno de los tres mostrados al final… Quiero decir que estoy exceptuando al general Rosewall…

—Parece usted muy afectado —sonrió Brigitte—. ¿Por qué dice que hay que exceptuar al general Rosewall?

—Porque fue él quien dio la voz de alarma.

—Oh. Bueno, eso no significa nada forzosamente, señor. Pero tampoco voy a discutir tal posibilidad. Quedamos en que uno de los tres militares de menor graduación es un traidor a la patria. Puede ser el comandante Lyles, el comandante Gruson, o el coronel Jenkins… ¿Tengo que averiguar cuál de ellos es el traidor?

—Con el máximo tacto y delicadeza. Y deberá también recuperar las microfotos que sin duda ha obtenido ese traidor, sea cual sea de los cuatro. Sería catastrófico que esas microfotos fuesen a parar a manos de alguien ajeno al Pentágono, y, más concretamente, a manos de cualquier persona ajena a los servicios estratégicos de defensa nacional.

—Caramba… —musitó Brigitte—. ¿Qué se supone que ha microfotografiado el traidor, míster Cavanagh?

—Todos los dispositivos del «Proyecto Centinela».

Baby palideció bruscamente.

—Imposible… —exclamó—. ¡Imposible!

—¿Por qué se lo parece? —refunfuñó Cavanagh—. Las medidas de seguridad y vigilancia en torno a ese proyecto defensivo antibalístico de los Estados Unidos, son severísimas… contra infiltraciones del exterior. Pero esos tres hombres están dentro del proyecto. Y el general Rosewall asegura que alguien ha microfotografiado los planos, o ha hecho algo con ellos. Hubo cierta

alteración en el orden que él los había colocado, y tras discretas investigaciones de tipo personal, llegó a la conclusión de que Malcom Lyles, Ronald Gruson y Henry Jenkins habían estado cerca de los planos del proyecto, pero por separado, como si no quisieran estar acompañados… El general Rosewall asegura que todos los planos del «Proyecto Centinela» han sido microfotografiados…, y nosotros tenemos que salir al paso de esa posible verdad. ¿Se imagina usted lo que Rusia o China pagarían por conocer todo el dispositivo del «Proyecto Centinela»? Por una información microfotografiada de ese tipo y envergadura pagarían millones de dólares… El «Proyecto Centinela» significa la protección a todo nuestro sistema defensivo y de ataque intercontinental, por medio de proyectiles con cargas atómicas. Para mil novecientos setenta y tres, tendrá que estar finalizada la primera fase, con instalaciones en Montana y Dakota. El gasto calculado en todo el «Proyecto Centinela» es de siete mil millones de dólares, Brigitte… Es una cantidad muy digna de ser tenida en cuenta, ¿no le parece? Ahora, supongamos que se invierte esa fabulosa cantidad en un proyecto cuya complejidad y funcionamiento total es conocido por un presunto enemigo. Sería como… tirar siete mil millones de dólares a una cloaca.

—Y quedar inermes —musitó Brigitte—. Cuando se conocen las fuerzas y dispositivos del enemigo, siempre es más fácil atacarle. Aunque, de todos modos, nuestros proyectiles defensivos «Spartan» y «Sprint» no verían mermadas sus labores propias…

—Usted sabe cómo están las cosas, Brigitte —intervino Pitzer—. El «Proyecto Centinela» no es una protección personal propiamente dicha, sino una protección de nuestras rampas de lanzamiento de proyectiles de ataque y defensa. Hay mucha gente que no está conforme con ese gasto de siete mil millones de dólares en proteger nuestras instalaciones defensivas, porque consideran más razonable invertir ese dinero en proteger ciudades norteamericanas. Ahora, suponga que nuestros compatriotas se enteran de que, además de gastar el dinero en algo que no parece muy práctico, resulta que todo el dispositivo llamado «Centinela» es del conocimiento de rusos o chinos…

—Oh, la gente normal no se entera nunca de esas cosas, tío Charlie. De todos modos, algo habrá que hacer. Sería ridículo para

los Estados Unidos gastar siete mil millones en la instalación de algo que nuestros presuntos enemigos conocerían tan bien como nosotros. Ridículo, y quizá… peligroso.

—Esperemos —dijo Cavanagh— que no haya que recurrir nunca al «Proyecto Centinela» ni a las rampas de lanzamiento de proyectiles con cabezas nucleares. Pero si llegase el caso, nos llevaríamos un disgusto… definitivo, si es cierto que el «Proyecto Centinela» ha sido microfotografiado.

—Bien… —suspiró Brigitte—. Habrá que interesarse muy seriamente por el asunto. Pero ¿por qué la CIA? Las Fuerzas Armadas tienen sus propios servicios de espionaje y contraespionaje…

—El general Rosewall ha recurrido directamente a nosotros, con la máxima discreción. No quiere que los servicios de inteligencia de las Fuerzas Armadas sepan nada, por el momento. Quiere evitar todo cuanto pudiera significar inquietud general, desconcierto, recelos… Prefirió recurrir a la CIA que organizar una revulsión dentro de las Fuerzas Armadas.

—Quizá sea lo más acertado —admitió Brigitte.

—Así lo hemos pensado. De modo que se hará todo como si nada estuviese ocurriendo… Durante la semana, los militares que de un modo u otro trabajan en o para el «Proyecto Centinela», llevan una vida muy metódica y relacionada con sus compañeros, de modo que es muy poco probable que cometan la imprudencia de llevar a cabo un contacto personal con alguien ajeno a su círculo normal de vida. Tampoco parece factible que recurran a mensajeros, ni siquiera al servicio de Correos, para enviar ese hipotético microfilm. La cosa tiene que hacerse con tal seguridad y cautela que nada pueda ocurrir ni nadie pueda sospechar nada. ¿Está de acuerdo, Baby?

—Desde luego. Y ya que hablamos de eso: si me encuentro con el general Rosewall en ese hotel de la Chesapeake Bay…, ¿no podría vernos alguien que pensase cosas que…?

—Eso está solucionado. Este fin de semana, unos cuantos oficiales y jefes de la USAF van a reunirse en el «Blue Bay Hotel», para llevar a cabo un simpático campeonato de golf. Hace tiempo que se está preparando ese campeonato, hay apuestas, bromas… Es el gran acontecimiento deportivo del año para los militares ya un

tanto mayores que trabajan habitualmente en el Pentágono.

—Entiendo. O sea, que ese hotel de la bahía estará lleno de militares este fin de semana.

—Y de otras muchas personas —deslizó intencionadamente míster Cavanagh.

—En pocas palabras: es una buena oportunidad para que ese presunto traidor entregue a alguien el hipotético microfilm que contiene nada menos que todo el «Proyecto Centinela», cuyo costo será de siete mil millones de dólares.

—¿Conoce el «Blue Bay Hotel»?

—No.

—Es muy hermoso, con piscinas, playa privada, gran campo de golf, tenis, embarcadero… Un lugar ideal para pasar un fin de semana tranquilo o… deportivo, a gusto del cliente.

—También puede ser un fin de semana peligroso —sonrió la divina espía.

—También —murmuró Cavanagh—. Pero le aseguré al general Rosewall que le enviaría al hotel a la persona adecuada para solucionar tan importante y alarmante asunto. Le garanticé que quedaría todo solucionado, muy discretamente, en este fin de semana.

—¿No cree que prometió demasiado?

—Quizá. Y no olvide, Baby, que usted no ha sido aún readmitida oficialmente por la CIA Eso puede dar lugar a que, si alguien llega a sospechar su personalidad, se le hagan proposiciones muy interesantes. Es más, su presencia en el «Blue Bay Hotel» de Chesapeake Beach dará mucho que pensar a varias personas.

—Esperemos que quienes me identifiquen, si es que eso sucede, decidan el sistema de conversaciones al de las… eliminaciones drásticas. Aunque, sinceramente, no creo que nadie pueda identificarme, señor.

—Bueno… —vaciló Cavanagh—. Todo entra dentro de lo posible.

Brigitte frunció el ceño y se puso en pie.

—Prepararé mis cosas para pasar un fin de semana… al son que me toquen. Dígame una cosa, señor: ¿no cree que la CIA se ha portado un tanto… infantilmente conmigo? Me despiden, me vuelven a admitir…

—La verdad —sonrió Cavanagh— es que todo estaba previsto. Después del asunto del Caribe, se la habría regañado, como siempre, pero alguien pensó que convenía que, por un tiempo, se supiera en el mundo del espionaje que Baby había dejado de pertenecer a la CIA Esperamos obtener los frutos ahora.

—¿Está diciéndome que todo estuvo calculado, y que mi… expulsión fue… una misión más?

—En su mayor parte. Por lo menos —Cavanagh sonrió de nuevo fríamente—, esa será la versión que daremos a todos los Simones del mundo. Les gustará más que el hecho de que la CIA la despidiera de verdad.

—Siempre tan considerados —refunfuñó Brigitte—. Me pregunto cómo todavía pueden sorprenderme los trucos de la CIA Yo quedaré muy bien, evidentemente; pero la CIA quedará mejor. En fin…

—Se puede decir que todos quedaremos contentos —deslizó Pitzer.

—Sobre todo, usted, que volverá a tener a Baby siempre a su alcance y disposición —dijo Cavanagh.

—Tío Charlie es un privilegiado —rió la hermosísima espía—. Pero no sabe agradecerlo. ¿Nos vamos ya, tío Charlie? El helicóptero lleva mucho rato esperándonos. Adiós, míster Cavanagh… Le enviaré una postal desde ese delicioso, alegre y soleado lugar donde voy a pasar un fin de semana de resultados imprevisibles. Seré discreta, cautelosa, moderada, suave… Pero —una fría, congelada sonrisa apareció en el rostro de la divina espía— Dios tenga piedad del traidor. Le veré el domingo por la noche. *Andiamo*, tío Charlie?

—Sí.

—*Ciao, signore Cavanagh!*

Capítulo III

El viernes, hacia las siete de la tarde, la señorita Montfort llegó al «Blue Bay Hotel», en Chesapeake Beach. Llevaba dos maletas, un maletín rojo con florecillas y su espléndida belleza, que dejó turulatos a los muchos oficiales y jefes de la USAF que había en el vestíbulo, discutiendo animadamente. Su llegada fue tan espectacular, tan sensacional, tan digna de ella, que se sintió muy satisfecha. Sobre todo teniendo en cuenta que nadie en su sano juicio pensaría que ese era el modo de llegar de una espía.

Este era un punto que la tenía un tanto preocupada, por el modo en que míster Cavanagh había dicho que su identificación «entraba dentro de lo posible».

Naturalmente, tenía reservada una espléndida suite, en el tercer piso: la 327. Fue conducida allá por un botones que tenía cara de lamentar profundamente no tener más que dieciocho años. Prácticamente a las siete en punto, la agente Baby estaba instalada en su lujosa suite, desde cuya terraza se veían las piscinas, la playa, el embarcadero, y, hacia la izquierda, buena parte del principio del campo de golf, donde el sábado y el domingo iba a celebrarse un reñidísimo conjunto de competiciones entre miembros de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos.

Lo primero que hizo fue examinar la suite, por pura rutina. Y se quedó como quien ve visiones al encontrar el primer micrófono… Tres minutos más tarde, encontraba el segundo. Y tan sólo otro minuto después, localizaba el tercer micrófono. Los tres muy bien colocados, en sitios convenientes, con elegancia y astucia…, siempre y cuando quien buscase la posible presencia de micrófonos no fuese la agente Baby. Desde luego, aquel trabajo era propio de profesionales del espionaje.

Atónita por aquella desfachatez, dedicó un par de minutos a reflexionar sobre la conveniencia de quitar o dejar los micrófonos…

Y la conclusión era evidente: tenía que dejarlos. Si no lo hacía así, la persona o personas que los habían colocado sabrían inmediatamente que la señorita Montfort era un agente secreto de primera categoría, lo cual quedaría demostrado por la rapidez con que había localizado los pequeños artefactos llamados científicamente *magic-ear*.

Era asombroso y peligroso; pero Brigitte acabó sonriendo. Okay: si querían juego al descubierto, que lo hiciesen. También de este modo sabía ella jugar a los espías. Pero si alguien estaba esperando que ella se delatase, pues… que siguiese esperando.

Se encerró en el cuarto de baño con su maletín, sacó la radio de bolsillo con alcance de cincuenta millas, que sólo proporcionaba la CIA a agentes muy especiales, y, tras abrir el grifo del lavabo, efectuó la llamada. La oyó claramente, pero nadie contestaba.

—¿Simón? —musitó.

No había respuesta. Cerró la radio, tras escuchar el último sonido de llamada en canal cerrado, y la guardó. Se miró al espejo, y casi se sobresaltó al ver su expresión preocupada. Consiguió una sonrisa de muchachita en vacaciones, y regresó al dormitorio. Tres micrófonos en su suite… ¿Qué esperaban? ¿Qué sabían de ella? Porque no se colocan micrófonos a personas de las cuales no se sepa o se sospeche algo…

Volvió vivamente la cabeza al oír la llamada a la puerta. Pensó en la conveniencia de ir a abrir con la pistolita preparada, pero desistió de ello. No se colocan micrófonos a una persona a la cual se va a matar apenas llega al hotel. La querían viva… y bien controlada.

Cuando abrió la puerta, sonreía con una despreocupación y un encanto capaz de hacer sentir alegría a una piedra. Mas, ciertamente, quien había llamado no era una piedra, sino el general Ashley Rosewall, alto, fuerte, bronceado, duro, granítico, formidable con sus largos cabellos grises, los anchos hombros, su marcial apostura.

—¡General Rosewall, qué alegría! —exclamó Brigitte, llevándose un dedito a los labios—. ¡Tenía la esperanza de encontrarle en este lugar!

Rosewall parpadeó, atónito.

—¿La esperanza? Bueno, usted sabía…

—Oh, sí, supe lo de la competición, pero no estaba segura de que usted asistiese a ella —Brigitte recomendaba de nuevo silencio, por gestos, y el general no tuvo más remedio que comprender—. Pase, por favor. Acabo de llegar.

—Pues ha organizado usted una hecatombe entre mis compañeros. Parece que su presencia ha dejado en segundo plano el campeonato de golf. Ahora, se habla de usted, no de agujeros.

Hablaba con el ceño fruncido, y casi respingó cuando Brigitte, alzando por un lado la pequeña mesita de centro, mostró el micrófono, colocado en la parte inferior y en lo alto de una de las patas.

—¿Y eso le disgusta, quizá? —continuó la conversación la espía, tranquilamente, alegremente—. Yo creo que es mejor hablar de una bella muchachita que de agujeros en la hierba… ¿Va usted a participar, general?

—Todavía no está decidido. Parece que nuestro campeón vacila entre hacer pareja conmigo o con el comandante Mulcahy. Pero sí espero quedar en buen lugar en los encuentros individuales de mañana. Los dobles serán para el domingo.

—Ah… Espero poder verlo en acción —Brigitte señaló los otros dos lugares donde había visto los micrófonos, mirando significativamente a Rosewall—. La última vez que nos vimos demostró usted estar en forma. Me gustaría poder decir en mi artículo que ha sido el campeón.

—¿Piensa escribir algún artículo sobre esto? —se asombró Rosewall.

—¡Naturalmente! ¿A qué piensa que he venido, si no? Bueno, también a descansar un poco, a tomar el sol… Ya me conoce. Pero pensé que no perdería nada interesándome por este campeonato de golf. Son detalles… humanos de nuestros militares, que siempre gustan al pueblo… ¿No cree?

—Sin duda.

—Además, pienso tomarlo por el lado anecdótico… Estoy segura de que ocurrirán cosas simpáticas durante el campeonato… Oh, y ahora que caigo: ¿cómo ha sabido usted que yo estaba en el hotel? ¿Acaso me esperaba?

Mientras hacía la última pregunta, Brigitte movía negativamente un dedito.

—No —comprendió muy bien el general—. Pero dijeron por la terraza que había llegado una mujer sensacional, joven, elegante, y tantas cosas más, que me acordé de usted. Pregunté su nombre en la conserjería, y cuando confirmaron que era usted, quise venir a saludarla.

—¡Qué amable! De veras que le agradezco la atención… ¿Le parece bien invitarme a un vodka-tonic, general? En un sitio fresco, tranquilo, desde donde se vea el mar…

—La terraza alta del hotel es el lugar ideal. Y estaré encantado de invitarla. ¿Quiere que la espere allá?

—De ninguna manera. Ya estoy lista. Soy de las mujeres que jamás hacen esperar a los hombres. Y menos, a los que son tan apuestos como usted.

—Casi preferiría no haberla visto —musitó Rosewall.

—¡General! ¡Eso es una grosería!

—No, no… Quería decir que cuando la veo a usted es cuando más lamento que los años vayan pasando. Me siento de verdad viejo, en esas ocasiones.

—Oh, vamos —rió ella—. Aún es usted capaz de enamorar a cualquier jovencita…

Salieron de la suite, Brigitte cerró la puerta, y miró fijamente a Rosewall.

—Perdone tantas tonterías —susurró—, pero ya ha visto que me han colocado tres micrófonos. He querido hacer saber a quien se sienta interesado por ello, que somos antiguos amigos que han tenido un encuentro casual. No creo que se traguen esa píldora, pero es todo lo que pienso dejarles entender.

—Esto empieza muy mal —mascculló Rosewall, caminando hacia el ascensor—. No comprendo eso de los micrófonos. Me aseguraron que iban a enviarme a la persona más idónea para hacer frente a este asunto, y, poco después, me dan la primera sorpresa: esa persona es una mujer. Luego, esos micrófonos…

—Tranquilícese, general —sonrió Brigitte, ya ante la puerta del ascensor, que Rosewall había llamado—. Esos micrófonos no van a perjudicamos gran cosa, puesto que conocemos su existencia. En cuanto a mi condición de mujer, olvídela.

—Eso no es tan fácil —sonrió prietamente Rosewall.

Brigitte lo miró con simpática sorpresa.

—Es muy gentil de su parte decir eso —sonrió—. Pero no me refería a mi belleza. Tenga la seguridad de que lo que tenga que hacer, lo haré. Y si quiere un buen consejo, no se preocupe por mí… No se deje engañar por mi aspecto, general.

—Bien… De acuerdo. Naturalmente, he oído hablar mucho de la agente Baby, y si…

—¿Cree que yo soy Baby?

—¿No? —se asombró Rosewall.

—Desde luego que no. Y si quiere que le sea sincera, me siento muy fastidiada cada vez que creen eso, y luego se decepcionan cuando les digo que no soy Baby… ¿Acaso la CIA sólo tiene a una espía, general Rosewall?

—Bueno… No sé… No he pretendido fastidiarla, claro… Pero el asunto es tan importante que…

—Que creyó que sólo Baby podría atenderlo, conozco esa tonta canción. Le demostraré que yo también puedo ser útil…

El ascensor llegó, la puerta se abrió, y ambos entraron en la cabina. Rosewall indicó al mozo del ascensor que los llevase a la terraza, y descendieron en silencio. Cruzaron el vestíbulo, mientras se armaba un revuelo entre el personal militar presente. Y apenas se habían sentado a una mesita, cerca de la baranda, con magníficas vistas a las piscinas y al mar, junto a un tiesto de flores, cuando un grupo de oficiales de la USAF aparecieron en la terraza, a paso de carga, directos hacia ellos.

Ashley Rosewall tuvo que resignarse, mientras Brigitte sonreía dulcemente, tendiendo su manita a medida que le iban presentando a los oficiales, cuyo entusiasmo era evidentísimo. En un minuto, recibió tantos halagos e invitaciones que, por fin, tuvo que alzar las manitas, riendo.

—Caballeros, caballeros… Por favor… ¿No han venido ustedes al «Blue Bay» para efectuar un campeonato de golf? Si se dedican a invitarme no dispondrán de tiempo para ganarlo.

—¡Me retiro del campeonato! —exclamó en el acto un joven y apuesto capitán—. ¡Abajo el golf!

—Hace mal en decir eso, capitán Wess —aseguró la divina espía —. Precisamente, aparte de mis intenciones de escribir un simpático artículo sobre ello, estaba dispuesta a premiar con un beso al vencedor…, siempre y cuando la fotografía de ese beso pueda ser

publicada en el «Morning News».

—¡Wooouuuhhh! —exclamó el joven oficial—. ¡Creo que voy a practicar mi tiro largo ahora mismo!

Hubo risas, más bromas… Finalmente, el grupo comprendió que Ashley Rosewall comenzaba a impacientarse, y mostraron su educación y tacto retirándose…, con evidente disgusto, desde luego.

—Son unos pesados —farfulló Rosewall.

—Son normales —sonrió Brigitte—. Y los que más normales parecen son sus tres… candidatos, general.

—¿Se ha fijado bien en ellos?

—Por supuesto. El coronel Jenkins, ya mayor, se ha comportado amablemente, pero con seriedad. No olvidemos que tiene cincuenta años… y tres hijos ya mayores. El comandante Gruson, está casado, y parece persona… formal y consciente. Sin embargo, el comandante Lyles, a sus cuarenta años, todavía puede… complicarle la vida a una mujer. Es muy atractivo.

—Interesantes descripciones. Pero no me refería a eso… ¿Cuál de ellos le parece que puede ser el traidor?

—Imposible saberlo. Y con respecto a esto, general, hay algo que me tiene intrigada. ¿Por qué sospecha usted sólo de esos tres?

—Los vengo vigilando hace semanas. No me pregunte por qué. Es… una impresión personal. Impresión que quedó confirmada hace tres días, cuando noté que los planos habían sido removidos, alterados. Me pareció que ya no podía esperar más.

—Entiendo que hace tiempo que esas sospechas suyas existen, general, y que comprendió que algo podía ir definitivamente mal al ver removidos los planos.

—Sobre todo, cuando recordé que este fin de semana se iba a celebrar el campeonato. Era el momento ideal para relacionarse con personas desconocidas sin llamar la atención… El hotel está prácticamente lleno.

Brigitte miró a su alrededor, siempre con su sonrisa dulce y despreocupada. Cierto: el hotel estaba prácticamente lleno, a juzgar por la animación en las piscinas, en el embarcadero y en la terraza misma… Con absoluta naturalidad, la mirada azul de la espía efectuó un completo recorrido, «fotografiando» a todas las personas al alcance de su vista.

—Sí… Hay mucha gente —suspiró—. Y esto nos dificultará las

cosas a nosotros. En mi opinión, general, usted ha mostrado una cierta… torpeza al esperar este momento.

—¿Torpeza? —Gruñó hoscamente Rosewall.

—Mucha torpeza. ¿Se da cuenta de lo fácil que va a serle al traidor entregar aquí el microfilm? A decir verdad, me inclino a creer que ya lo ha hecho.

—Entonces…, ¿estamos perdiendo el tiempo?

—No sé. Pero puedo plantearle el problema de otro modo… Supongamos que fuese usted el traidor, y que hubiera venido aquí dispuesto a vender el microfilm. ¿Lo tendría todavía encima?

Ashley Rosewall palideció bruscamente.

—No lo sé… No. Supongo que no. Ya… ya lo habría entregado, claro… Habría sido tan fácil…

—Es posible… —sonrió ingenuamente Brigitte—. Sí… Es posible que sea fácil. Y es posible que sea difícil, general. Hay que tener en cuenta muchos factores en asuntos de esta envergadura.

—¿Factores? No comprendo… ¿Qué factores?

Brigitte encendió un cigarrillo, sonriendo siempre, pero mirando a su alrededor muy atentamente, con aquella capacidad suya para darse cuenta de todo.

—El espionaje, mi general, es mucho más sutil de lo que muchas personas piensan. Y mucho más simple de lo que piensan otras personas… Naturalmente, me estoy refiriendo al espionaje de altos vuelos, como es el caso que nos ocupa. No es lo mismo buscar a un espía que está dispuesto a vender el modelo de un avioncito muy moderno y poderoso, que buscar al hombre capaz de vender ni más ni menos que el «Proyecto Centinela». ¿Cuánto calcula usted que estarían dispuestos a pagar los chinos o los rusos por el «Proyecto Centinela»?

—No sé… ¿Un… un millón de dólares?

Brigitte se echó a reír, quedamente, con una simpatía desbordante, irresistible.

—Pongamos veinticinco millones de dólares —dijo, con una suavidad escalofriante—. Al menos, yo no lo vendería por una cantidad inferior. Entonces, surge un gran problema: veinticinco millones de dólares no se pagan así como así, ni se pueden entregar tan fácilmente. Es demasiado dinero. ¿Me imagina usted con una cartera que contuviese veinticinco millones de dólares? Haría tanto

bulto como una maleta corriente. O más. Pero, si yo soy una buena espía, lo primero que haría sería pedir ese pago de una forma más… cómoda. Por ejemplo, exigiría que ese pago fuese en un solo billete.

—¿En un… solo… billete? ¡No hay billetes de…!

—Hay resguardos bancarios.

—¿Cómo? —Casi chilló Rosewall.

—Resguardos bancarios. Sigamos suponiendo cosas: yo vendo el «Proyecto Centinela» a… Rusia. Pido veinticinco millones de dólares, y ellos aceptan. Entonces, cito en este hotel a un espía soviético, quien, inexcusablemente, me tiene que entregar el dinero a cambio del microfilm. Pero, comprenda, ni siquiera para la MVD es fácil manejar semejante cantidad en territorio norteamericano. Hay que descartar en el acto la posibilidad de esa maleta llena de billetes. Sería una locura. Sin embargo, yo no estoy dispuesta a entregar el microfilm si no me pagan. Entonces, entra en funciones el resguardo bancario: un simple papelito de cierto Banco de Suiza, por medio del cual yo dispondría, en una cuenta privadísima y a nombre-clave, de esa cantidad. Una vez ingresado en esa cuenta de un Banco suizo el dinero, ya solamente yo podría retirarlo. Eso es pagar con comodidad… Y cobrar con comodidad. No hay billetes, no hay grandes maletas, no hay peligro…

—¡Entonces es que piensan hacerlo así…!

—Espere. Vamos a ponernos ahora en el lugar de los rusos, que, teóricamente, son los que me han comprado el microfilm… ¿Cree usted, mi general, que los rusos me darían veinticinco millones de dólares por un microfilm cuyo contenido no conocen exactamente? Mi opinión es que no… Al menos, yo no los pagaría tan a la ligera. Y menos, en una cuenta de un Banco suizo, donde, una vez ingresado el dinero a nombre de una persona, sólo esa persona puede disponer de él. ¿Lo entiende?

—¡Claro que lo entiendo! Lo que no entiendo es cómo van a cobrar los traidores o el traidor su dinero… ¿Cómo lo harán? ¿Y cómo sabrán los compradores que se les vende una mercancía buena, que vale semejante cantidad?

—No lo sé, de veras. Por eso le digo que es mucho más complicado. Volviendo al ejemplo de que sea la vendedora, nos encontraríamos en el caso de que los rusos no se fiarían completamente de mí, ni yo de ellos. Entonces, hay una… pequeña

solución. Una solución bastante inteligente: yo entrego al agente ruso encargado de entrar en contacto conmigo unas cuantas microfotos del microfilm. Esas fotos son llevadas, o enviadas, rápidamente, a otra persona, que sí puede tener idea de lo que es el «Proyecto Centinela». Por medio de unas cuantas fotos sueltas, sabrá si los planos son auténticos o una broma mía. Una vez sabido esto, me pagarán, a cambio de todo el microfilm. Es decir, que todo este asunto requiere un poco de tiempo… Pongamos, entre veinticuatro y treinta y seis horas. Es decir, que en estos momentos, alguien está examinando unas cuantas fotos seleccionadas del microfilm. Eso es lo que creo que está pasando.

—Por Dios… —jadeó Rosewall—. ¡Usted es diabólica, señorita Montfort!

—En ocasiones, lo soy, efectivamente. Aunque yo creo que esta… definición sobre mi persona no es del todo exacta. Digamos, mi general, que llevo muchos años luchando en asuntos de esta clase… No es fácil engañarme a mí. Se me puede matar, por supuesto, pero no engañar fácilmente. Además, hay situaciones que sólo tienen una explicación. Entiéndame: no soy persona de miras fijas, ni obcecada. Admito que puedo equivocarme. Pero si yo, que creo ser una excelente espía, haría lo que le he dicho, no veo por qué ha de hacer una cosa diferente la persona que haya sido capaz de microfotografiar el «Proyecto Centinela»… ¿Me comprende usted? Nunca hay que menospreciar al enemigo: es la mejor manera de tener alguna posibilidad de vencerle. Si yo soy lista…, ¿por qué no habrían de serlo los rusos…, o el traidor?

—Todo esto es… espantoso. Yo creí…

—Usted creyó que todo sería muy simple: venir aquí, vigilar a tres hombres, y sorprenderlos cuando estuviesen entregando el microfilm y cobrando su dinero. Pues no. Ya ve que no es tan simple. Por eso le digo que en estas acciones de… alto espionaje, nunca se sabe cómo pueden terminar las cosas.

—Entonces…, ¿usted cree que el traidor ha entregado ya unas cuantas fotografías del microfilm, y que alguien las está examinando?

—Exactamente. Han tenido tiempo de eso. Y era todo lo que se podía hacer, como preludio al final de la historia. Las cosas tienen que estar sucediendo así, forzosamente.

—¿Y está usted tan tranquila?

—Unas cuantas fotos no les servirán de nada a nuestros… enemigos, mi general. Sin duda, saben ya más del «Proyecto Centinela» por medio de nuestros diarios, revistas y demás medios de difusión. No importan unas cuantas fotos. Lo que importa es el microfilm completo, y conocer la identidad del traidor y del comprador. Y eso es cosa que requiere su tiempo. Mmm… Me parece que entra un nuevo personaje en escena. Tendrá usted que presentarme de nuevo, general.

Este abrió la boca, pareció dispuesto a preguntar algo… Pero antes de que tuviera tiempo de hacerlo, se oyó la voz, junto a él, un poco a su espalda.

—Ah, general Rosewall… Creo que ha llegado el momento de envidiarle a usted con todas mis fuerzas.

Ashley Rosewall se puso en pie, sin poder ocultar completamente su contrariedad.

—Señor Zhachanov… Es una grata sorpresa. ¿Está Rusia interesada en un campeonato de golf entre oficiales de la USAF?

—Rusia, no —rió el recién llegado, que había aparecido en la terraza hacía pocos segundos—. Solamente yo, general. Usted sabe que Washington no es una ciudad divertida en los fines de semana, de modo que me pareció… divertido asistir a este simpático campeonato. Una anécdota más que contar de los norteamericanos cuando regrese a Moscú.

—Espero que sea benévolo —sonrió agriamente Rosewall—. Es el señor Anton Zhachanov, empleado en la Embajada rusa en Washington… Ella es la señorita Montfort, una simpática amiga que se dedica al periodismo.

Anton Zhachanov tomó la mano de Brigitte, y se inclinó sobre ella, de un modo impecable, amistoso, simpático.

—He leído muchos artículos de la señorita Montfort —dijo amablemente—. Y siempre me ha parecido una periodista inteligente y clara. Debo decir que es una de las personas que más admiro en su país, señorita Montfort.

—Muchas gracias, señor Zhachanov —sonrió Brigitte—. Y lamento mucho no poder corresponder a su gentileza: nunca había oído hablar de usted.

—Bueno… Ya sabe lo que son los oscuros empleados de las

Embajadas. Gente más o menos inteligente, capacitada para sus trabajos auxiliares… Nadie repara jamás en ellos.

—Excepto sus enemigos —sonrió Brigitte de nuevo.

Anton Zhachanov parpadeó. Por un brevísimo instante hubo en sus negros ojos un claro destello de desconcierto que casi llegó a la alarma. Era un hombre alto, de apenas cuarenta años, muy atractivo, atlético, apuesto, bronceado, con una sonrisa viril y simpática. Uno de esos hombres en la edad interesante absolutamente, que podía destrozar el corazón de las mujeres, desde las más jovencitas a las más maduras. Elegante, sobrio, recio. En cierto modo, y salvando las distancias, a Brigitte le recordó a Número Uno, nada menos.

—No creo tener enemigos —sonrió Zhachanov—. Eso se queda para las personas importantes. Es decir, a menos que usted esté considerando que por el simple hecho de ser ruso usted deba considerarme un enemigo.

—¡Qué disparate! —rió Brigitte—. Con guerra fría o sin guerra fría, señor Zhachanov, los rusos, en el fondo, me resultan simpáticos.

—¿Por qué? —se asombró el ruso.

—Emmm… Si me lo permiten… Tengo algo que hacer, señorita Montfort —dijo Rosewall—. Cuestión de unos minutos. Cosas del campeonato de mañana. ¿Cenaremos juntos?

—Desde luego, general.

—Entonces, hasta luego. Adiós, señor Zhachanov.

—Adiós, general. Si le he molestado, yo quisiera pedirle…

—No, no… Al contrario, le agradezco que acompañe a la señorita Montfort mientras yo me ocupo de algunas detalles. ¿A las nueve le va bien, señorita Montfort?

—A las nueve —sonrió Brigitte—. Todas las horas son buenas para nacer, para morir… y para comer. ¿No quiere usted sentarse, señor Zhachanov?

Capítulo IV

Anton Zhachanov se sentó, mirando con creciente interés a la famosa periodista norteamericana.

—Francamente —sonrió—, no creo que ninguna hora sea lo bastante buena para morir… ¿Me permite invitarla?

—Tengo suficiente por ahora, gracias. Pero no se detenga por mí; pida usted lo que quiera.

—¿Qué está usted tomando?

—Vodka-tonic.

—Ah… ¡Vodka! Mi enhorabuena… ¿Le gusta nuestra bebida nacional?

—Mucho. A decir verdad, es casi la que más me gusta, después del champaña francés. En general, me gusta todo lo de Rusia.

—Magnífico —musitó Zhachanov—. ¿Habla usted ruso, quizá?

—No. Bueno, algunas palabras —mintió cínicamente la divina espía—. Nada, en realidad. Eso de saber ruso se queda para los turistas adinerados, señor Zhachanov.

—Claro… O para los espías.

Brigitte se echó a reír, y el ruso la imitó alegremente.

—¡Es usted ingenioso, señor Zhachanov! ¿Tengo yo cara de espía?

—Nadie tiene cara de espía, ciertamente… Sería catastrófico para la CIA y la MVD. Yo creo que precisamente la mejor arma de un espía es no tener cara de espía. Lo cual resultaría divertido.

—Para usted, quizá. Los rusos son muy aficionados al espionaje.

—También los norteamericanos. Una cosa que no me sorprendería es que usted y yo, que tan inocentes y pacíficos parecemos, fuésemos espías de nuestros respectivos países.

—Ah… Todo entra dentro de lo posible. Pero me pregunto, señor Zhachanov, por qué siempre se ha de hablar de espionaje cuando se conocen un ruso y un norteamericano.

—Es el hobby de nuestro tiempo —rió él—. Es claro que yo no soy un espía, pero si lo fuese, empezaría a hacerle proposiciones a usted. Parece inteligente.

—Muy amable… ¿Y qué clase de proposiciones me haría?

—Pues no sé… Dinero, tal vez. Dependería de su importancia. ¿Ha oído hablar de la agente Baby?

—¿De esa horrible mujer que trabaja para la CIA? ¡Claro que la he oído mencionar!

—Claro… ¿Quién no? Y puesto que la ha descrito como horrible…, ¿debo pensar que la conoce?

—No, no… ¡Dios me libre!

—Me decepciona usted… Creí que aceptaría el juego.

—¿Qué juego? —se sorprendió Brigitte.

—El de suponer que usted era la agente Baby, y yo era un importante espía ruso.

—¡Qué interesante! ¿En qué consistiría el juego?

Zhachanov hacía ya tiempo que había hecho señas a un camarero, indicando la bebida de Brigitte, y, en aquel momento, colocaban ante él un vodka-tonic. Lo probó, seguramente esperando a que se retirase el camarero, y aprobó con la cabeza.

—Nunca suelo mezclar nada con el vodka, pero esto no está mal del todo. ¿De qué estábamos hablando?

—De un juego en el que yo era Baby y usted un importante espía ruso.

—Ah, sí… Bien, sería interesante, desde luego. ¿Le parece que juguemos a eso?

—Adelante… —rió Brigitte—. Espero que sea más divertido que un campeonato de golf.

—Un millón de dólares —dijo Zhachanov, sonriendo.

—¿Cómo?

—Digo que Rusia ofrecería un millón de dólares a Baby.

—¿Por qué motivo?

—Por trabajar para Rusia, es claro.

—¿Como espía?

—¡Evidentemente!

—Ah… Pero un millón de dólares es poco, señor Zhachanov. Tenga en cuenta que yo ya gano eso en tres años, trabajando como periodista. Y un millón de dólares en total, por dedicarme a Rusia…

—Perdón… —musitó Zhachanov—. Temo que no me he explicado lo bastante bien: decía un millón de dólares… al año.

Brigitte abrió los ojos tanto que pareció que fuesen a desorbitarse.

—¿Un millón de dólares al año? —exclamó—. ¡Pero, señor Zhachanov, eso es… increíble! ¿Qué tendría que hacer yo para justificar un sueldo semejante?

—Nada especial. Simplemente, lo que ha venido haciendo hasta ahora. Sólo que, en lugar de beneficiar a la CIA, beneficiar a la MVD soviética. Obedecer órdenes rusas, en suma.

—Entiendo. Vaya… ¿Quiere creer que casi lamento no ser esa horrible Baby? ¡Un millón al año…!

—Es lástima que usted no sea Baby —sonrió Zhachanov—, ya que si lo fuese podría darme una respuesta. Vamos a suponer que por causas desconocidas, Baby hubiera sido expulsada de la CIA y que estuviera… desperdiciando su talento para el espionaje. En el caso de que ella decidiera dedicar ese talento en favor de Rusia, estoy autorizado a ofrecerle hasta un millón y medio de dólares.

—Al año.

—Sí, al año. ¿Qué contesta?

—¿Yo?

—Bueno… —se excusó Zhachanov—. Estamos suponiendo que usted es Baby, ¿no es así?

—Claro… ¿Qué contesto? No sé… ¿Puedo pensarlo?

—¿Por qué no? Tiene todo un larguísimo día de veinticuatro horas para tomar una decisión. Bien entendido que si acepta, su trabajo queda ya desde ahora mismo bajo el control de la MVD y en beneficio exclusivo de ésta.

Brigitte Montfort suspiró profundamente y sacudió graciosamente la cabeza.

—¿Sabe, señor Zhachanov? ¡Es un juego divertidísimo! ¡Por un instante, hasta he creído ser una genial espía!

—Los dos somos buenos actores —rió Zhachanov, entornando los ojos—. Y, al fin y al cabo, el juego es lo que más divierte a las personas. Pero, ahora hablando en serio: ¿no aceptaría usted ese millón y medio de dólares al año, si fuese la agente Baby?

—Casi con seguridad. A fin de cuentas, para ganar esa cantidad, yo tengo que trabajar cinco años. La oferta es tentadora. Y si yo

fuese la agente Baby la tendría muy en cuenta, de veras.

—Espléndido… ¿Se va ya?

Brigitte se había puesto en pie.

—Así es. Tengo una cita con el general Rosewall, y me gusta la puntualidad, aunque sólo sea para cenar. Espero que nos veremos mañana, señor Zhachanov.

—Será un placer para mí. ¿Me dará su respuesta?

—¡Desde luego! —rió Brigitte—. ¡Me encanta este juego del espionaje! ¡Es divertidísimo…!

—Eso, querida señorita, sólo puede decirlo quien jamás ha dedicado ni siquiera unos minutos de su vida a espiar. La verdad es que el espionaje resulta un juego muy peligroso.

—Ah… —Se asustó Brigitte—. Entonces, quizá debería decir ya que mi respuesta es «no».

—Depende de lo… miedosa que sea usted. De todos modos, no hay prisa. Piénselo. No hay por qué dejar el juego a medias.

—Cierto —sonrió la divina—. Hasta la vista, señor Zhachanov.

—Que será dentro de veinticuatro horas. ¿Sí?

—Oh, sí…

Tendió la manita al ruso, que de nuevo se inclinó con gran elegancia, en el ademán de llevársela a los labios.

Poco después, Brigitte entraba en su suite. Y apenas cerrar la puerta, una sonrisa seca, dura, pero también un tanto divertida, apareció en su boquita sonrosada. La verdad era tan evidente para ella que, en realidad, casi sentía deseos de reír. Y, al mismo tiempo, estaba un poco furiosa con míster Cavanagh.

Recogió su maletín en el dormitorio, pasó al cuarto de baño, abrió el grifo de la bañera y, satisfecha del aceptable rumor del agua al caer, sacó la radio de bolsillo con alcance de cincuenta millas. Con una horquilla, varió ligeramente la disposición de las placas que determinaban la onda. En seguida, apretó el botoncito de llamada. Y, en el acto, la respuesta a su llamada se produjo:

—Central —murmuró una voz de hombre—. Adelante el mensaje.

—Soy Baby. Quiero hablar inmediatamente, por medio de la extensión interior, con míster Cavanagh. No admito negativas.

Hubo unos segundos de silencio. Luego, se oyó un «clic», y, casi en seguida, Brigitte oía la voz de míster Cavanagh:

—A la escucha.

—Soy yo, estimado jefe supremo: su comodín.

—Sé eso. ¿Está loca? No ha debido llamar a la Central.

—Quiero saber dos cosas, míster Cavanagh. Una: ¿tengo algún Simón aquí, en «Blue Bay Hotel», preparado para apoyarme en caso necesario?

—No lo consideré conveniente Respuesta, por tanto, es NO.

—Segunda pregunta: ¿fue usted quien dejó filtrar a los servicios de espionaje extranjeros que la agente Baby intervendría en ese asunto?

Se oyó claramente la exclamación de míster Cavanagh, asombradísimo.

—¿Cómo ha sospechado eso? —Casi gritó.

—Quiero una respuesta concreta. Y ahora.

—Bien… En efecto, yo dejé filtrar esa información al respecto.

—¿Por qué motivo?

—Dos motivos. Uno, que tenemos últimamente un plan en marcha para la eliminación de agentes extranjeros residentes en Washington. Queremos saber quiénes son, y nadie mejor que usted para decírnoslo al identificarlos cuando le hagan proposiciones.

—Pues ya he recibido proposiciones de un tal Anton Zhachanov, de la Embajada rusa en Washington.

—Lo conozco. Buen trabajo, Baby.

—Míster Cavanagh: ¿se da cuenta de lo que me está exponiendo sólo para conseguir identificar a algunos agentes que posiblemente no sean demasiado importantes?

—Por el hilo se saca el ovillo. En este caso, nos ocuparemos debidamente del señor Zhachanov, y esperamos obtener grandes resultados. Esperamos que también el MI5 y el Deuxiéme Bureau le hagan propuestas. Ya nos dirá los nombres de sus agentes de contacto, para encargarnos asimismo de ellos, y sus ramificaciones.

—El Deuxiéme Bureau no me hará ninguna proposición, puede estar seguro de ello. Ni tampoco el MI5.

—¿Por qué asegura semejante cosa? Yo dejé filtrar el informe de que usted estaba expulsada, que últimamente se dedica a trabajos por cuenta propia, y que la CIA teme que esté usted dispuesta a aceptar trabajar para otro servicio de espionaje. Eso ocasionará que muchos agentes se acerquen a usted, para intentar ganarla para sus

servicios, ya sean la MVD, el MI5, el Deux…

—La MVD ha hecho su propuesta en seguida. Dejo, pues, en sus manos a Anton Zhachanov. Pero repito que ni el Deuxiéme Bureau ni el MI5 me harán propuesta alguna. En esos dos organismos hay personas que conocen bien a Baby, y saben positivamente que yo jamás aceptaría trabajar decididamente para ellos. Puedo ayudarles en ocasiones, pero no aceptaría pertenecer a sus nóminas. Ellos lo saben muy bien. Expulsada o no expulsada por la CIA, ellos saben que jamás la traicionaría, que nunca aceptaría otras directrices.

—Bien… Es una lástima para ellos. Pero, al menos, tenemos ya la seguridad de que Zhachanov nos interesa. Nos ocuparemos de él.

—Supongo que tengo que resignarme. ¿Cuál es el segundo motivo por el que usted dejó filtrar la noticia de mi intervención en esto, de mi estancia en este lugar?

—Quiero que se muestre dispuesta a negociar con todos los que se lo propongan, pero diciendo a todos ellos que no estará disponible hasta que solucione el asunto del «Proyecto Centinela». Es decir, que expondrá usted bien a las claras su convencimiento de que en el «Blue Bay Hotel» se va a proceder a la venta del microfilm que contiene todo el proyecto defensivo «Centinela».

—En suma: usted quiere que cuantas más personas mejor se enteren de que en este hotel se va a proceder a la venta de tan importante microfilm. Y no me diga más: cuando uno de los agentes que me propongan trabajar para ellos me diga que no me preocupe por el asunto del «Proyecto Centinela», yo sabré ya quién está dispuesto a comprárselo al traidor o traidores. Es decir, que casi parece más fácil localizar al comprador que al vendedor-traidor.

—Esa es la idea.

—No es mala… Pero mi lindo cuello va a estar en todo momento bajo el filo de la guillotina. ¿No le parece?

—A usted no hay guillotina que la decapite, Baby.

—Su fe en mí es conmovedora, de veras. Bien: ¿qué le parece que hago cuando esa posibilidad se realice? Supongamos que tengo ya ante mí al agente que dice que no me preocupe por el «Proyecto Centinela», es decir, a la persona que está dispuesta a negociar con el traidor-vendedor… ¿Qué hago?

—Mátelo.

—Oh… Eso asustaría mucho al traidor-vendedor, ¿no es cierto?

Y entonces, quizá se pusiera muy nervioso y cometiera un error que lo pondría muy pronto en nuestras manos.

—Exacto. ¿Algo más?

—Sí. No olvide que me gustaría ser incinerada, a mi muerte. O eso, o un entierro alegre, con música. Y con muchas flores.

Cerró la radio, sonriendo hoscamente. En verdad, la CIA no tenía muchas contemplaciones con ella. La habían lanzado a un lugar lleno de espías, y por lo menos, un traidor, dejando deslizar la información de que posiblemente la señorita Montfort era la expulsada agente Baby de la CIA Y a pesar de lo peligroso que era todo esto, estaban esperando que ella triunfase, con toda tranquilidad…

Estaba graduando la entrada del agua caliente para el baño, pensando en todo esto, cuando, de pronto, arrugó la nariz, olfateando, bruscamente alarmada. Palideció de pronto, se incorporó, y alzó las manos hacia la cerrada ventana del cuarto de baño. Tiró de ella, pero no se movió; arriba había dos agujeritos en la madera, por los que metió los deditos, tirando con más fuerza…

Un zumbido en las sienes le advirtió del gran peligro que estaba corriendo dedicando tiempo a intentar abrir la ventana. De haber insistido, podría haberlo logrado…, en condiciones normales. Pero el gas estaba actuando con tanta rapidez, que se apartó de la ventana, precipitándose hacia su maletín… El cuarto de baño pareció dar un millón de vueltas en una fracción de segundo. Se encontró de rodillas, con los ojos fijos en los pequeños y delgadísimos cristales que había en el suelo. Alargó la mano, asió el maletín, y tiró de él. Cayó al suelo, ante ella, abriéndose, desparramando por el piso su contenido.

Si la cápsula de cristal que había entrado por uno de los agujeritos de la ventana hubiera contenido un gas tan fulminante como el que ella utilizaba, ya habría muerto.

Pero todavía disponía de dos segundos, quizá tres, antes de que aquel gas hiciera su efecto mortal, para volatilizarse quizá diez o quince segundos después. No quedaría rastro de él…, a excepción del cadáver de la espía, cuyas manos temblaban violentamente al arrancar la delgadísima compresa adhesiva que llevaba en el fondo de la polvera. Con gesto desesperado, Baby lanzó la mano hacia su boca y nariz, con la compresa adhesiva, mientras caía de bruces.

Quedó tendida, inmóvil, con la cabeza vuelta hacia la bañera, que continuaba llenándose de agua templada.

Mientras tanto, por la pared exterior del patio de luces del hotel, un hombre descendía, alejándose de junto a la ventana del cuarto de baño de la divina espía. Anochecía ya, de modo que en algunas ventanas había luz; pero sólo servía para dejar más en sombra la zona por la que el hombre se deslizada por la pared, con la misma facilidad que si fuese una mosca. En sus manos y rodillas, unas ventosas chascaban suavemente cada vez que eran despegadas de la pared para ser adheridas más abajo.

Finalmente, en menos de un minuto, el hombre llegó al fondo del patio de luces, tras dejarse resbalar por un tejado de plástico ondulado. Cayó silenciosamente, con agilísima flexión de piernas, y en seguida empujó una de las pequeñas puertas que daban al patio interior. Una vez en el oscuro pasillo, se quitó las ventosas de manos y rodillas, las guardó bajo la blanca chaquetilla con el nombre del hotel, y continuó adelante. Salió a una pequeña estancia, donde había una iluminación aceptable. A un lado, una ancha escalera de escalones de ladrillo rojo, descendía hacia el sótano, paralela a una amplia rampa de escasa inclinación. Bajó por los escalones, tranquilamente, ya a plena luz, que destacó su tez amarillenta, sus ojos oblicuos, su expresión impávida.

Cuando llegó al iluminado sótano, el chino se dirigió directamente hacia una de las muchas cestas grandes, con ruedas, destinadas al transporte de utillaje del hotel. Había allí no menos de doce grandes máquinas automáticas para lavar ropa, en pleno funcionamiento, atendidas por el personal encargado de ese servicio, la mayoría mujeres. Un zumbido de motores, de mecanismos, lo llenaba todo. Los servicios del hotel, en los sótanos, siempre estaban funcionando…

Ante una de las máquinas lavadoras, una mujer china, gordísima, de rostro inexpresivo, ataviada con una bata blanca, miró al chino que comenzaba a mover la gran cesta con ropa de cama limpia en su interior. El chino captó la mirada, asintió con un leve gesto de cabeza, y la mujer volvió a dedicar su atención a la máquina. Ninguno de los restantes empleados se dio cuenta del gesto, del interés de la mujer china por el esbelto empleado de la misma raza, que ya iniciaba la subida de la rampa, empujando la

cesta. Llegó arriba, cruzó la pequeña estancia, y salió a otro pasillo, iluminado, que lo llevó al montacargas. Metió la cesta, entró, y pulsó el botón del tercer piso.

Segundos después, salía al pasillo de ese piso. Dejó el montacargas abierto, en el fondo, y, siempre empujando la cesta de mimbre, fue caminando hasta llegar a la suite 327. Sacó la llave maestra de los empleados del hotel, abrió, metió dentro la cesta, entró él, y cerró.

Se quedó inmóvil junto a la puerta, alerta el oído, entornados sus oblicuos ojos, inexpresivo el rostro. Miró su reloj, y pareció complacido: lo estaba realizando todo muy rápidamente. Entró en el dormitorio, siempre alerta, atento… Sólo se oía el rumor del agua en la bañera.

Abrió la puerta del cuarto de baño, y se quedó mirando con cruel sonrisa el cuerpo inmóvil de Brigitte Montfort, rodeado de objetos de su maletín, vuelta la cabeza hacia la bañera…, que estaba a punto de desbordarse. Rápidamente, el chino fue hacia allí, pasando por encima del cuerpo de la espía internacional. Cerró los grifos, tiró de la cadenita que sujetaba el tapón del desagüe, y…

—Quieto —una cosa pequeña, dura, fría, tocó su nuca—. Lo quiero vivo, chinito.

El chino lanzó un contenido respingo; pareció que iba a quedar inmóvil, pero, de pronto, comenzó a volverse, velozmente…

¡Cloc!

Recibió el golpe de la pistolita en la nuca, con fuerza muy bien controlada, insuficiente para matarlo…, pero suficiente para tirarlo de bruces a la bañera, en cuya agua se hundió, salpicando a todos lados, manoteando frenéticamente, en grotesca parodia de natación… La manita izquierda de Brigitte se hundió en el agua, asió al chino por el cuello de la blanca chaquetilla y tiró de él, rudamente, sacándolo de la bañera, empapado, expulsando agua por boca y nariz…

—Nada de ahogarte, chinito. Vamos a…

El chino lanzó un fortísimo manotazo inesperado, con desesperación, acertando a Brigitte de lado en el seno izquierdo, con tal fuerza que la espía saltó hacia atrás, palidísima. Tropezó con el taburete, cayó por encima de él, de espaldas contra el duro suelo, en un golpetazo tremendo, que hizo resonar su cabeza, que se llenó

de lucecitas de todos los colores. Se sentó a toda prisa, y, todavía con los ojos llenos de lucecitas, vio al chino con la navaja en la mano… La hoja salió velozmente, accionada por el muelle, y el chino llevó la mano hacia atrás…

Plop.

El chino quedó inmóvil, como súbitamente petrificado. De pronto, la navaja escapó de su mano, y luego él cayó, de bruces, todavía con los ojos abiertos; su cara se golpeó contra el tumbado taburete, rebotó, dio la vuelta, y quedó tendido cara al techo, brazos y piernas separadas… Disgustada consigo misma por aquel reflejo puramente instintivo, Brigitte se deslizó de rodillas hasta el chino, y se quedó mirando sus abiertos ojos. Ni siquiera se molestó en cerciorarse de su muerte, tan evidente era.

Lo registró rápidamente. Lo primero que encontró fueron las ventosas. Alzó las cejas, mirándolas con curiosidad. Luego, miró hacia la ventana del cuarto de baño, y un destello de comprensión apareció en sus ojos. Continuó el registro, que no dio ningún fruto interesante. Lo único interesante, y muy relativamente, era que el hombre fuese chino. Eso podía descartar a la MVD como compradora del «Proyecto Centinela».

Salió al dormitorio y se quedó mirando la cesta, también con una expresión de comprenderlo todo. La abrió, asegurándose de que había poca ropa, y luego arrastró al chino hasta la puerta del baño, tras colocar allí la cesta. El amarillo cadáver fue a parar, retorcido, al provisional féretro que había estado destinado a la agente Baby.

La cual se dedicó en seguida a recoger las cosas de su maletín, colocándolas dentro ordenadamente… y tirando al inodoro la ya inservible mascarilla antigás de filtro gelatinoso, que formaba una finísima capa entre las dos piezas de también delgadísima goma porosa. Estaba visto que la deliciosa jovencita no podía desplazarse a ninguna parte sin su maletín rojo con florecillas azules.

Con la toalla de baño, limpió el agua que había salpicado fuera de la bañera. Luego la escurrió y la dejó en el borde de ésta. Colocó bien el taburete y, por último, se quedó mirando la ventana. En menos de medio minuto, pudo abrirla…, y el listón de madera que la había mantenido clavada cayó al patio de luces, al fondo. Un ruido insignificante. No hubo el menor interés por él.

Todo en orden.

Había sido una lástima que su plan de atrapar vivo al visitante, cuando oyó abrirse la puerta, hubiera fracasado. Había vuelto inmediatamente al baño, tendiéndose en el suelo, esperando ya pistola en mano, pero el chinito no había querido conformarse con el cambio de situación… Mala suerte. Sobre todo, para el chino.

Minutos después, estaba maravillosamente vestida de noche, dispuesta a acudir a su cita con el general Rosewall. Consultó su relojito, y llegó a la conclusión de que incluso tendría tiempo de aceptar la invitación a un aperitivo que sin duda le harían los simpáticos oficiales de la USAF en cuanto la viesen aparecer.

Llevó la cesta de ropa junto a la puerta, abrió, y miró a ambos lados del pasillo. Nadie. Sacó la cesta, la dejó junto a otra suite, y fue a llamar el ascensor, que poco después la llevaba abajo, manejado por el turulato empleado, que con toda seguridad jamás en su vida había tenido la fabulosa fortuna de contemplar belleza igual… ¡Ni muchísimo menos!

Cuando apareció en el vestíbulo, la señorita Montfort sonreía tan angelicalmente como siempre.

Nada había pasado.

O, al menos, aunque algo hubiera pasado, la función debía continuar. Como en el circo.

Capítulo V

Efectivamente, el general Rosewall tuvo que ir a rescatarla al bar, salvándola de un asedio por parte de los oficiales de la USAF, los cuales no eran todos tan mayores como le había hecho suponer por el simple hecho de jugar al golf, deporte que también tiene su dureza indiscutible, como aseguraron los reunidos en torno a Brigitte.

—Y no olvide su premio personal, señorita Montfort.

—Nunca olvido mis promesas —rió ella—. El vencedor tendrá un beso mío. Y publicado en el «Morning News», además.

—¡Eso significa la fama! ¡Y ser envidiado por todo el mundo!

Se echaron todos a reír. Rosewall, que no parecía muy satisfecho, indicó a Brigitte la conveniencia de ir a cenar. Todos deberían acostarse temprano, para poder madrugar y estar en condiciones de afrontar el durísimo campeonato.

—Demonios… —masculló un joven capitán—. Estoy deseando ser ya general. ¡Siempre se quedan lo mejor!

Brigitte se echó a reír y se llevó de allí a Rosewall, que había fruncido el ceño. Ya sentados a la mesa, en el comedor-terraza, la espía miró irónicamente al maduro general.

—¿No se siente usted bien, señor? —murmuró—. Parece que tiene mala cara.

—Esos jovencitos son cada vez más insolentes —gruñó Rosewall.

—Pero usted se lleva el botín… ¿Todo va bien?

—¿Qué…? ¿A qué se refiere?

Brigitte alzó las cejas, sorprendida.

—A nuestro asunto, mi general. ¿A qué podría referirme?

—Ah… Oh, sí, todo va bien… ¿Y por su parte?

—También va todo bien —sonrió la divina—. La función continúa. Quería hacerle una pregunta que hasta ahora, quizá por considerar obvia la respuesta, no he querido hacerle. Dígame:

¿saben sus tres… candidatos a traidor que usted desconfía de ellos?

—No sé… No lo creo, desde luego.

—Ah. En tal caso, claro, tampoco pueden tener ningún recelo contra mí.

—Más bien parece todo lo contrario —gruñó Rosewall—. Especialmente Malcom Lyles la asedia con una tenacidad admirable. No comprendo a esos hombres… Uno de ellos, estoy seguro, microfotografió el «Proyecto Centinela», tiene que estar dispuesto a venderlo… Y, a pesar de su traición, está tan tranquilo.

—Con eso, está usted diciendo que no sabe de cuál de los tres sospechar. Pero eso es natural. Si ellos, o él, está convencido de que no debe temer nada de nadie, su comportamiento es más… natural, más tranquilo. Sería diferente si temiese que usted sabía algo, y que yo estoy aquí para ayudarle a descubrirlo.

Ashley Rosewall reflexionó unos segundos.

—¿Está sugiriéndome que pongamos en conocimiento de esos tres hombres que desconfiamos de uno de ellos, que los estamos vigilando, que usted es de la CIA…?

—No, no… Ya no, mi general… ¿Qué habitaciones ocupan?

—Están los tres en el segundo piso. Lyles, en la doscientos nueve; Gruson, en la doscientos veintitrés, y Jenkins en la doscientos veintiséis —Rosewall miró vivamente a Brigitte—. Si está pensando en registrar sus cosas, me parece una buena idea. Lo haría yo, pero temo que sería… demasiado torpe. Y demasiado arriesgado.

—Sin duda, sin duda —sonrió la divina—. Usted se vería muy apurado para explicar su presencia en una de esas habitaciones, si era sorprendido. En cambio, una señorita que está esperando a un caballero en su cuarto no tiene que dar tantas explicaciones.

—¿Sería usted capaz de introducirse en esas habitaciones?

—Creo que tendría mucho miedo —sonrió afablemente la espía más peligrosa de todos los tiempos—. Pero, además, no lo considero necesario. Dudo mucho que ellos…, es decir, él, tenga el microfilm esperando que vaya una espía a recuperarlo. No sólo por la CIA, de la cual no parece temer nada, ni de los servicios de inteligencia de la USAF, sino por parte de sus compradores.

—¿De sus compradores? Temo que no comprendo…

—Es sencillísimo: si los compradores pudieran encontrar el

microfilm tan sencillamente, no se molestarían en pagar su dinero al vendedor. Lo matarían, y en paz. Por eso, el traidor debe tener el microfilm bien escondido, a salvo de todo. Es lo lógico.

—Y mientras tanto, según su teoría, alguien está examinando fotografías de ese microfilm, para asegurarse de que le interesa.

—No le quepa ninguna duda sobre eso, general.

—Bien… Lo malo de todo esto, si es que no estoy equivocado, y realmente existe ese traidor, es que cuando cobre su dinero no podrá disfrutarlo.

—¿Por qué no? —se sorprendió Brigitte.

—Bueno… Si de pronto un oficial empieza a comprarse una casa, un par de coches, un yate… En fin, cosas de ésas que hacen amable la vida…

—Entiendo. Se sospecharía de él, evidentemente. Pero hay muchos medios para disfrutar de ese dinero.

—¿De veras? ¿Cuáles? ¿Y cómo hacerlo sin que se sospeche de él?

—Todo depende del ritmo de vida que quiera llevar, es claro. Si se conforma con vivir bien, pero sin grandes lujos, todo está solucionado. Si lo que quiere es vivir a lo auténticamente grande, puede arreglar las cosas de modo que en Las Vegas, o Montecarlo, o en cualquier casino importante del mundo, gane una cantidad desorbitada.

—No comprendo eso… ¿Cómo podría ganar veinticinco millones de dólares, por ejemplo?

—Veinticinco son demasiados para ganarlos así —rió Brigitte—. Pero podría ganar un par de millones. Con dos millones, se vive ya al mismo ritmo que con veinticinco, y nadie sabe cuántos tiene uno realmente.

—Pero… ¿cómo ganar dos millones en Montecarlo, por ejemplo?

—Quizá sería mejor Las Vegas. Si yo fuese la… afortunada, iría allá, haría un arreglo con el propietario del casino de modo que los dos saldríamos beneficiados. Se podría simular que él perdía dos millones de dólares. Una de esas noches en que la casa pierde, sencillamente. El propietario me entregaría a mí dos millones, y todo el mundo sabría cómo los había ganado yo. Todo perfecto. A cambio de esos dos millones, yo le daría cuatro al propietario del casino, a descontar de mi cuenta de un Banco suizo. Entonces, él

tendría dos millones para deducir de sus impuestos, lo cual sería formidable. Y, además de eso, tendría cuatro millones de los que nadie sabría nada.

—Por Dios… En verdad que es usted…

—Diabólica. Ya lo dijo antes. Pero ahí llega algo que no es en absoluto diabólico: nuestra cena.

Esperaron en silencio a que les sirvieran. Luego, mientras tomaba la sopa con una elegancia exquisita, Brigitte miraba a todos lados. Al finalizar la sopa, comentó, descuidadamente:

—No veo a mi reciente amigo, el señor Zhachanov, por parte alguna. ¿Lo ha visto usted, general?

—Ni me acordaba de él.

—¿De veras? Pues hace muy mal: el señor Zhachanov es un espía ruso.

Ashley Rosewall se atragantó.

—¿Qué…, qué?

—Oh, sí. Le aseguro que es cierto. Pero tranquilícese. Me parece que no tiene la menor probabilidad de conseguir el microfilm del «Proyecto Centinela».

—¿Cómo… puede usted saber que él no…? ¡Es un ruso, y por tanto, el candidato más probable para…!

—Oh, vamos… No se ofusque, general. En mi opinión, ese microfilm va a ser vendido a los chinos.

—¡A los chinos! —Rosewall quedó pálido, desorbitados los ojos—. ¡Pero eso…, eso…!

—Claro está que puedo equivocarme —sonrió Brigitte—, pero me extrañaría. Tengo un olfato magnífico. Y sé distinguir a un chino cuando lo veo.

—No… no comprendo…

—Un chino quiso matarme no hace mucho.

El tenedor escapó de la mano del general, y su rostro quedó completamente blanco, paralizada su garganta.

—¡Por Dios…! —exclamó al fin.

—Tranquilícese. Y tenga cuidado con ese pescado: se le va a atragantar.

—¡Pero usted acaba de decirme que un chino…!

—Llevaba uniforme del hotel. Quiso matarme con gas, vino a recogerme en una cesta de la lavandería del hotel, y… ¡puf! —La

espía alzó las manitas, simulando una pequeña explosión—, se murió. Es decir, lo maté.

—E-esto es… es increíble… ¡Y lo dice tan tranquila, después de comer la sopa, engullendo pescado…!

—Está exquisito. Y la sopa era sencillamente fantástica. Me parece que volveré más de una vez a pasar el week-end en este hotel.

—¿Qué ha hecho… con ese chino?

—¡Por favor, general! —Se asustó Brigitte—. ¿Acaso piensa que lo reservo para comérmelo? ¡Prefiero el pescado!

—¡Usted está gastándome una broma estúpida que no tiene la menor gracia! ¡Todo eso del chino…!

—Creo que probaré esta salsa… —musitó Brigitte—. Y por favor, tranquilícese. No es ninguna broma. Y quiero, mi general, que se dedique usted a una pequeña labor que me será de gran utilidad.

—¿Está diciéndome que voy a ser una especie de… ayudante suyo, señorita Montfort?

—Exactamente. Aunque, si lo prefiere, lo llamaremos colaboración. No quiero que se sienta humillado. Al menos, yo no me sentiría humillada: por mi patria, haría cualquier cosa. Cualquier cosa, mi general.

Ashley Rosewall se quedó mirando fijamente a la espía. Por fin, se pasó la lengua por los labios.

—Lo lamento… —musitó—. ¿Qué debo hacer?

—Quiero saber cuántos chinos hay empleados en este hotel, sus nombres, y fechas en que entraron a formar parte del personal. ¿Le parece que podrá conseguir esa información?

—No lo sé… Pero supongo que sí. Aunque nunca he tenido actividades de esta clase.

—Se aprende tanto. Aunque la diferencia está entre aprender bien o aprender mal. Esa diferencia, mi general, puede significar la vida o la muerte, sin embargo. De todos modos, si usted no se considera… capacitado para ese trabajo, llamaré a un compañero que vendrá inmediatamente de Washington.

—No… No, no. Yo… yo lo haré. ¿Cuándo tengo que saber todo eso?

—Tampoco se trata de exigirle demasiado —sonrió Brigitte—. Hágalo con la rapidez que usted pueda desarrollar.

—Esta noche casi todos vamos a retirarnos muy pronto. El campeonato empieza a las ocho, y…

—Pues empiece a interesarse por el asunto mañana, después del campeonato. ¿A qué hora calcula que terminará?

—Hacia la una, hemos calculado. La tarde libre, claro… Hay quien ya tiene proyectado dar un paseo en lancha y pescar… Supongo que yo tendré que privarme de ese placer.

—Lamentablemente. Cuando hay trabajo, pues… no queda más remedio que hacerlo. Ahora, escuche: cuando terminemos de cenar, usted se retirará a descansar, y yo me quedaré con los oficiales que no teman perder energías para mañana por acostarse más tarde de las once… Tomaré champaña, reiré, y estaré deliciosamente simpática. Aquí no ha pasado nada. Nada. ¿Lo entiende bien, mi general?

—Sí… Desde luego.

—Magnífico. Pero —sonrió de nuevo Baby—, por si acaso, tenga cuidado si se encuentra con un chino.

La voz de la simpatiquísima señorita Montfort se elevó nítidamente por encima de las risas. Seguramente porque, en cuanto hablaba ella, todo el mundo quedaba en el más absoluto y respetuoso silencio.

—Caballeros —dijo—: son más de las once y cuarto de una espléndida noche de verano. Mmm… La totalidad de los asistentes al *little party* privado son tan resistentes que estoy segura de que sin necesidad de descansar ganarían el campeonato individual de golf… Pero yo me pregunto: ¿acaso los perdedores no me culparán a mí de su derrota por haberlos entretenido tanto tiempo esta noche?

—Todavía queda un poco de champaña —protestó el comandante Lacey.

—¡Ah! ¿De veras? Entonces, vamos a terminarlo… rápidamente. Un par de gotas para cada uno de los simpáticos… jovencitos de la USAF Y si alguien es tan amable de llenar las copas… Muchas gracias, capitán Wess… Perfecto. ¿Les parece bien un brindis muy deportivo?

—¿Que gane el mejor? —rió el comandante Gruson.

—Por favor, comandante. El mejor siempre gana, sin necesidad

de los deseos de otras personas; eso es inevitable. Yo propongo lo siguiente: gane quien gane…, ¡viva la USAF!

Hubo un brevísimo instante de silencio. Pero, muy pronto, el ya maduro coronel Jenkins alzó su copa, muy serio, casi solemne.

—¡Viva la USAF! —brindó.

—¡Y viva Brigitte Montfort! —exclamó el comandante Mulcahy.

Quince minutos más tarde, cuando en la playa, y sobre todo en las piscinas aún quedaban clientes del «Blue Bay Hotel» que no tenían por delante un reñidísimo encuentro de golf, no quedaba un solo elemento de la USAF en la fresca terraza de cara al mar. Tampoco la señorita Montfort estaba allí. Precisamente, estaba delante de la suite 118, en el primer piso. Suite que, muy discretamente, se había enterado que correspondía al señor Anton Zhachanov, ruso, empleado en la Embajada soviética de Washington. El señor Zhachanov debía ser un tanto insociable, ya que no había aparecido durante la cena, ni durante la pequeña fiesta alegre adornada con champaña… A decir verdad, el señor Zhachanov no había sido visto en ninguna parte desde que subiera a su suite tras despedirse de la señorita Montfort en la terraza-bar.

En el pasillo no se veía a nadie. No se oía nada. Y dentro de la suite tampoco se oía nada. De haber existido el menor ruido, el finísimo oído de la señorita Montfort, en verdad privilegiado, lo habría captado.

Pero no. Ningún ruido. Silencio completo.

De modo que la señorita Montfort recurrió a sus infalibles ganzúas. En menos de quince segundos, con la misma facilidad que si estuviera utilizando un llavín adecuado, la puerta quedó abierta. La espía entró, cerró tras ella, y, ya muy preparada y prevenida, empuñó su pistolita.

Silencio. Quietud.

Desde la puerta del dormitorio llegaba un plateado resplandor lunar. La luna daba iluminación al dormitorio, y el reflejo llegaba hasta la entrada de la suite. Brigitte se deslizó rápidamente hasta el sofá y se acuclilló junto a él. Durante un minuto, permaneció así, inmóvil, convertida en un hermoso felino cuyos sentidos estaban funcionando al máximo. Nada. Silencio. Ni siquiera una respiración… De haber estado Zhachanov durmiendo en su cama, la respiración habría sido fácilmente captada por los oídos de Baby.

Silencio absoluto.

Se incorporó, fue al dormitorio, y su primera mirada fue hacia el lecho. Por supuesto que ni siquiera respingó al ver el bulto de una persona allí. No en la posición de un durmiente vulgar, no... El hombre estaba tendido de bruces sobre la cama, transversalmente, vestido todavía de calle.

Fue hacia allí, pasó a la parte donde estaba la cabeza del hombre, asió los cabellos, y la alzó un poco. Lo justo para ver el tenso, frío, cadavérico rostro de Anton Zhachanov, y sus hermosos ojos oscuros, abiertos, fijos en... la muerte.

—*Dosvidaña, tovarich* Anton Zhachanov —murmuró Brigitte [3] .

El silencio resultaba opresivo, casi antagónico, ominoso.

Brigitte se acercó a la ventana y estuvo unos segundos mirando hacia el exterior. La noche estaba cuajada de estrellas, y de luna resplandeciente. Desde allí se podía ver en su totalidad todo el campo de golf. Aquella suite estaba orientada de modo diferente a la suya.

Volvió junto al cadáver del ruso Zhachanov, y lo examinó con un rápido y experto vistazo. No había sangre, ni señales de violencia. Y por poco que pusiera en juego su fantástica inteligencia, Baby sólo podía llegar a una conclusión: Anton Zhachanov no había tenido tanta suerte como ella con el asunto del gas mortal. O bien no vivía tan prevenido. En definitiva, había muerto víctima del gas venenoso. Seguramente, antes de que intentaran matarla a ella.

Una espía de su experiencia no podía perder tiempo ni siquiera en registrar el cadáver, o su equipaje. Sabía muy bien que Anton Zhachanov no iba a llevar encima, o en su maleta, nada que pudiera delatarlo como agente de la MVD soviética. Habría sido completamente absurdo.

De modo que Brigitte fue hacia el armario, lo abrió, y se metió dentro. Diez segundos después, su fino oído percibía aquel fino zumbido. Tan fino, que si hubiera tenido una audición normal no habría reparado en él. Pero los oídos de la agente Baby eran algo tan especial como toda ella, como su completa personalidad. Suerte e inteligencia. Era una buena definición para una muchachita de aspecto inocente que llevaba años jugándose la vida en las más

difíciles y horribles circunstancias.

En menos de un minuto había localizado la procedencia del zumbido, dentro de una maleta. Y ni siquiera le llevó diez segundos encontrar el doble fondo en aquella maleta. Dentro del doble fondo, un pequeño receptor a transistores Un receptor-grabador, que estaba funcionando, si bien la cinta, al haber llegado a su final, permanecía inmóvil. Era poco más grande que un paquete de cigarrillos. Zhachanov utilizaba muy buen material.

Recuperó toda la cinta, y luego puso en marcha el aparatito. Durante cinco minutos, no oyó nada. Luego, el sonido de una llamada a una suite. Y muy pronto, la propia voz de la espía internacional:

«—¡General Rosewall, qué alegría! ¡Tenía la esperanza de encontrarlo en este lugar!

»—¿La esperanza? Bueno, usted sabía…

»—Oh, sí, supe lo de la competición, pero no estaba segura de que usted asistiese a ella… Pase, por favor. Acabo de llegar.

»—Pues ha organizado usted una hecatombe entre mis compañeros. Parece que su presencia ha dejado en segundo plano el campeonato de golf. Ahora se habla de usted, no de agujeros.

»—¿Y eso le disgusta, quizá? Yo creo que es mejor hablar de una bella muchachita que de…».

Aceleró la marcha del receptor-grabador, calculando el tiempo y la conversación grabada cuando el general Rosewall fue a reunirse con ella en su suite. Cuando volvió a apretar la tecla de audición, todavía pudo oír:

«—… años hayan pasado. Me siento de verdad viejo, en esas ocasiones.

—»Oh, vamos —se oyó a sí misma riendo—. Aún es usted capaz de enamorar a cualquier jovencita…».

Y nada más. Ya no oyó nada más, a pesar de que estuvo escuchando hasta que la cinta terminó, tan tranquila en aquella suite como si hubiera sido la suya propia.

Se apropió de aquel aparato, salió de la suite de Anton Zhachanov, y fue a la suya, subiendo a pie los dos pisos. Cerró la puerta tras ella, sin encender la luz, y durante más de un minuto estuvo escuchando, oliendo, venteando como un felino, pistola en mano.

No había peligro.

Encendió la luz, y se dedicó a recoger los tres pequeños micrófonos que había descubierto apenas llegar al hotel. Los llevó con todo cuidado a su mesita de noche, los dejó allí, y se fue al cuarto de baño, pensativa. Entre otras cosas, pensaba en la cesta de la ropa del hotel, que, desde luego, ya no estaba en el pasillo. Es decir, que alguien se había hecho cargo del cadáver del chino. Alguien relacionado con el propio chino, y que tenía gran interés porque las cosas no tuvieran trascendencia, ya que de otro modo se habría armado un alboroto en el hotel al ser encontrado un cadáver en una cesta de ropa.

Sacó la radio, y la accionó.

—Central —oyó—. Adelante.

—Conexión directa con míster Cavanagh. De inmediato y sin excusas.

—El Jefe de Acción está durmiendo, y…

—He dicho de inmediato. Despiértenlo. Si yo estoy despierta, también él puede prescindir del reparador sueño. Sólo voy a esperar quince segundos.

—*Okay.*

Siete segundos más tarde, oía la voz de míster Cavanagh, soñolienta:

—¿Es usted, Baby?

—¿Quién, si no? Sólo un pequeño informe, querido jefe supremo de los agentes de acción: olvide a Zhachanov y a sus posibles contactos. Ya no podrá seguir esa pista, de manera que seguiremos teniendo espías rusos en Washington, del mismo modo que los rusos tienen espías yanquis en Moscú. En cuanto a la posible existencia de espías de otras nacionalidades, olvídelos también. Van a quedar eliminados automáticamente dentro de dos minutos.

—¿Qué ha ocurrido? —exclamó Cavanagh.

—Zhachanov ha sido asesinado con gas. Su cadáver será encontrado oportunamente, y se dictaminará muerte por colapso, de eso no podemos tener la menor duda. Está claro que se avisará a la Embajada rusa en Washington, la cual se hará cargo del cadáver. ¿Cree que se atreverán a decir que Zhachanov ha sido asesinado en el cumplimiento de una labor de espionaje?

—No. Dirán que ha muerto de un colapso, y su cadáver será

enviado a Rusia.

—Exacto.

—Respecto a los demás agentes de…

—Olvídelos. Van a volver a sus casitas apenas salga el sol. Es todo, jefe supremo. Mucho me temo que mi misión no va a poder ser doble, en el sentido de localizar agentes-clave de los espionajes extranjeros y localizar el microfilm del «Proyecto Centinela». ¿Se conforma usted con ese microfilm y la muerte o… eliminación definitiva del traidor?

—Desde luego. Pero…

—Siga durmiendo. Yo voy a hacer lo mismo.

Apagó la radio, la guardó, y encendió un cigarrillo. Salió del cuarto de baño, y fue a sentarse en el borde de la cama, junto a los tres pequeños micrófonos, mirándolos con extraña sonrisa. De pronto, dijo, en voz clara y alta:

—Caballeros, les está hablando una agente de la CIA encargada de la recuperación del «Proyecto Centinela». Sé muy bien qué me están oyendo, de modo que les ruego no desoigan mi consejo: hagan sus maletas y márchense del hotel. No tienen nada que hacer aquí. Por si tienen duda de mi agudeza mental, les diré algunos datos: uno de ustedes pertenece al MI5 y el otro al Deuxiéme Bureau. En el primero de esos servicios, pueden dar un beso de mi parte a John Pearson; en el Deuxiéme Bureau, mis saludos cordiales a *monsieur* Nez. Elijan entre esto o ser asesinados. Si piensan permanecer todavía en el hotel durante esta noche, será mejor que no duerman. Estén atentos. Y mañana muy temprano, márchense. Tienen toda la noche, también, para pedir instrucciones. Si así lo hacen, no omitan aclarar que este consejo les ha sido otorgado graciosamente, cariñosamente, amistosamente, por la única espía del mundo que jamás habla en vano. Sus jefes entenderán. Caballeros, muy buenas noches. Gracias por su atención, y… la comunicación queda definitivamente interrumpida. Otro buen consejo: quítense los auriculares.

Colocó los micrófonos en el suelo, y, con la culata de la pistolita de cachas de madreperla, los aplastó, cada uno de un solo golpe.

Sonriendo al imaginarse el sobresalto de sus vigilantes, recogió los restos de los tres micrófonos y los tiró dentro de su maletín. ¿Qué necesidad había de intrigar a los empleados del servicio de

limpieza del «Blue Bay Hotel»?

Cerró el maletín, lo dejó bajo la cama al fácil alcance de su mano, y apagó la luz. Se desnudó, colocó la pistolita bajo la almohada, y se dejó caer en la cama, suspirando. Estaba decididamente dispuesta a dormir ocho magníficas horas, ya que no pensaba presenciar el principio del campeonato de golf. Ah, no… Tenía cosas más importantes que hacer.

Y pensando en esas cosas, desnudita, bella como un sueño, con la luz de la luna reflejándose en su dorada piel, la agente Baby quedó dormida como un angelito.

Eso, en el muy remoto supuesto de que los angelitos sepan o puedan dormir con un ojo abierto y una pistola bajo la almohada, al fácil alcance de la mano.

Pero, claro, todo el mundo sabe que los angelitos no se dedican al divertido juego del espionaje.

Felices sueños, pequeña Baby.

Capítulo VI

Y en efecto: ocho horas más tarde, la señorita Montfort despertó, de pronto, suavemente, tranquilamente. En el acto, se sentó en la cama y miró su relojito: las ocho y doce minutos. Se puso la graciosa bata azul transparente y fue a la terraza, desde la cual miró hacia el campo de golf. Sólo veía el principio de éste, pero era suficiente, ya que pudo ver a los últimos jugadores caminando ya hacia los siguientes agujeros. De donde se desprendía que los oficiales de la USAF eran personas serias y respetuosas de los horarios.

Se dio una formidable ducha prolongada con agua fría, se vistió con una corta faldita y un rojo jersey sensacional, y se sentó tranquilamente, encendiendo un cigarrillo. Cuando lo terminó, eran las diez en punto. Asombroso en ella: casi dos horas para ducharse, vestirse y fumar un cigarrillo. Pero no había prisa. Por el contrario, lo conveniente era haber dejado pasar el tiempo.

Cogió su maletín, salió de la suite y descendió a pie al segundo piso.

Un cuarto de minuto más tarde, la puerta de la habitación 209, ocupada por el simpático comandante Malcom Lyles, se cerraba a espaldas de la espía. Y un cuarto de hora más tarde, la sensacional agente Baby estaba más que admirada de sí misma. Era genial, grandiosa, extraordinaria, inconmensurable… Lo mejor del mundo, no podía haber duda sobre esto. Ni más ni menos que, en un pliegue casual de la maleta del comandante Lyles, acababa de encontrar un microfilm, metido en una pequeña cápsula metálica. ¿No es esto ser genial?

O tener una suerte fabulosa.

Todavía atónita, Brigitte sacó el pequeño visor de su maletín, se acercó a la luz de la ventana, colocó el microfilm y lo dispuso de modo que pudiera ver su contenido. Ni siquiera pudo contener una exclamación de asombro. Poco sabía ella de la verdad total sobre el

proyecto, pero después de muchos años de espionaje, incluso científico, se sentía inclinada a admitir aquella realidad: el microfilm era auténtico.

Bien. Pues ya tenía al traidor: el comandante Malcom Lyles.

Así de fácil y sencillo.

—Demasiado fácil y sencillo —murmuró—. Por no decir que resulta increíble.

Se quedó todavía unos segundos reflexionando sobre su famosa suerte. Era extraordinaria. Llega a una habitación, la registra, y encuentra el microfilm por el cual, sin duda, los chinos o los rusos pagarían, posiblemente, hasta veinticinco millones de dólares. Si eso no era tener suerte y ser genial como espía…, ¿qué podía ser?

Esta era una interesante pregunta.

Guardó el visor y el microfilm en su maletín, y abandonó la habitación de Malcom Lyles, quien, evidentemente, se había quedado sin el microfilm. Segundos después, la espía internacional estaba en la habitación 223, correspondiente al comandante Ronald Gruson, quien, obviamente, debería haber quedado ya fuera de toda sospecha, puesto que ella había encontrado el microfilm en la maleta del comandante Lyles.

Veinte minutos más tarde, la sensacionalísima agente de la CIA, tras desdoblar una hombrera de la guerrera de Ronald Gruson, lanzaba una incontenible exclamación de asombro: allí, en su manita, quedó otra cápsula, de plástico…, que, naturalmente, contenía un microfilm. Definitivamente desconcertada, Baby volvió a utilizar el visor, para, en pocos segundos, llegar a la conclusión de que aquel microfilm era idéntico al primero, al de Malcom Lyles.

Lo guardó, salió a toda prisa de aquella habitación, cruzó el pasillo, y, siempre utilizando con su magistral habilidad la ganzúa, se introdujo en la habitación 226, del coronel Henry Jenkins. No había visto a nadie en el pasillo ninguna vez. Todo el mundo estaba en la playa, o presenciando el campeonato de golf. Estupendo…

Tan estupendo como, casi veinticinco minutos más tarde, encontrar el tercer microfilm, cortado en tres partes, estirado y colocado, sin más protección, en el cuello de la guerrera del coronel Henry Jenkins.

—Por Dios… ¿Qué significa esto? —murmuró—. ¿Tres traidores confabulados? ¿O trabajan cada uno por su lado?

El asunto era definitivamente extraordinario. Aunque quizá no tanto como la facilidad con que Baby había encontrado los tres microfilms, en poco más de una hora. Con toda seguridad, jamás en la historia del espionaje existió tan eficaz espía… ni tan torpes traidores.

Todavía, antes de salir de la habitación del coronel Jenkins, examinó el microfilm por el visor. Exacto a los otros dos. Absolutamente exacto.

Tan exacto, que la conclusión era obvia: los tres eran copias. Es imposible que dos fotografías, más aún, dos microfotos, muestren el mismo ángulo, la misma postura ante el objetivo. Dos copias, sí. Pero dos microfotos, tres en este caso, que hubieran sido tomadas por separado, mostrarían algunas diferencias angulares, en unas se vería más borde de papel que en otras, unas más bajas, otras más altas… ¿Quizá se estaba equivocando?

Salió de la tercera habitación que había alcanzado, y recorrió rápidamente el pasillo, dispuesta a regresar a su *suite*. Tenía el pie en el primer escalón cuando, en el piso de abajo, el primero, oyó voces un tanto excitadas. Frunció el ceño, pero comprendió en seguida: había sido encontrado el cadáver de Anton Zhachanov, al fin. La mucama lo habría encontrado, seguramente, al entrar para arreglar el cuarto.

Mala suerte para Anton Zhachanov, pero son gajes del oficio.

Regresó a su *suite* y se encerró en el cuarto de baño una vez más. Se sentó en el taburete, y ya con toda calma, procedió a examinar a través del visor, con toda atención, los tres microfilms. Eran idénticos, sin duda alguna. No sólo en su contenido, sino en sus ángulos fotográficos. La conclusión era por demás evidente: aquellos tres microfilms eran copias de un original; como aquellos tres, en un laboratorio fotográfico podían conseguirse los que se quisieran. Todo esto sólo podía significar que Malcom Lyles, Ronald Gruson y Henry Jenkins estaban actuando de acuerdo.

Lo cual dejó a Brigitte profundamente descorazonada, triste, muy deprimida. No un traidor a la patria, sino tres. Tres… Y ya puestas así las cosas…, ¿por qué no cuatro, o cinco, o mil…? Se quedó boquiabierta, mirando la ventana. Sí: ¿por qué solamente tres?

La idea la aterró y la desconcertó absolutamente. ¿Acaso si

registraba las habitaciones de todos los demás oficiales de la USAF iba a encontrar dos docenas más de microfilms?

—Santo Dios… No entiendo nada de nada… Y sigo pensando que tres traidores son demasiados…

Otro pensamiento: con toda lógica, el personal del Pentágono, y más aún, los adscritos al «Proyecto Centinela» debían haber sido rigurosísimamente seleccionados, con unos antecedentes personales y militares fabulosos. La menor sombra de desconfianza hacia uno de ellos habría ocasionado la automática «no admisión». Esto era tan sencillo, tan rutinario, tan fácil de comprender, que la presencia de tres traidores en la elaboración nada menos que del «Proyecto Centinela» parecía el más grande de los absurdos.

Y, sin embargo…

Baby se tensó de pronto, aguzando aún más su finísimo oído. Sí… Estaba segura. Había oído la puerta de su *suite*. Sacó la pistolita inmediatamente, abrió la puerta del baño apenas una décima de pulgada, y miró hacia la puerta del dormitorio, mientras sus oídos seguían funcionando, infalibles, captando el deslizamiento de unos pies cautelosos por el *living* de la *suite*.

La aparición de la enorme mujer china, vestida con bata blanca, casi le ocasionó un respingo de sobresalto, que quedó clavado en su garganta. Era enorme: más alta que ella, casi el triple de peso, con una cabezota increíble, lacios cabellos grises y unos ojos diminutos, inexpresivos, hundidos en los párpados brillantes de grasa, de transpiración continua. Parecía un enorme pulpo hinchado, todo cabeza. Una visión aterradora si quien la presencia sabe que está en continuo peligro de muerte.

La china estaba mirando a su alrededor, moviendo sólo los ojos, que parecían dos puntas de alfiler ardiendo. Los gordísimos brazos colgaban flojamente, y las manos se abrían como un manojo de rábanos, separados los dedos por la grasa que los hinchaba. ¿Un pulpo…? No. Más bien parecía una maligna, espantosa serpiente hinchadísima, que buscase una incauta presa.

Baby acabó de ajustar la puerta. A pesar de tener la pistolita en la mano, y saber que con una sola balita en la frente podía matar a la enorme china, notaba en su frente el sudor de la angustia. Si caía entre aquellos brazos, si fallaba el disparo, sería convertida en un montón de carne y huesos, triturada irremisiblemente. Lo mejor era

abrir, dispararle a la cabeza…

No.

No, no, no…

La excelente idea que tuvo se convirtió en seguida casi en pánico. Podía fallar, desde luego.

Pero si daba resultado, sabría mucho sobre aquel asunto. Más de lo que podría conseguir matando chinos. Infinitamente más.

Se sentó de nuevo en el taburete y sacó la radio de bolsillo, que sostuvo con la mano izquierda. En la derecha continuó sosteniendo la pistolita, apuntando a la puerta del cuarto de baño. Había que prevenir cualquier reacción de la mujer china, que, desde luego, no era una mucama corriente. Su intervención en el caso no podía estar más clara para la agente Baby.

Apretó el botoncito de llamada, y recibió respuesta en el acto:

—Central. Adelante el informe.

—Comunicación inmediata con el Jefe de Acción.

—En seguida.

Sólo tuvo que esperar tres segundos antes de oír la voz de míster Cavanagh:

—¿Sí?

—Nuevamente soy yo, señor. Estoy todavía en el hotel, en mi cuarto de baño, concretamente. He conseguido unas fotografías que quisiera enseñarle personalmente.

—¿Fotografías? Bien, saldré para allá inmed…

—No. Prefiero ir yo ahí, señor. Es muy importante que yo salga de aquí cuanto antes. Quiero enseñarle esas fotografías… Son de un chino y una china. Tengo de otros personajes, que convendrá investigar. La verdad es que me considero en peligro. Tengo las fotografías escondidas fuera del hotel, de modo que puedo recogerlas al salir, con toda facilidad. Es más: si yo no las recojo, he arreglado las cosas de modo que las reciba usted el lunes. Pero preferiría llevárselas personalmente hoy mismo.

—Bien… No sé. Mmmm… Vaya, no sé por qué vacilo, ya que debo suponer que usted sabe muy bien lo que está haciendo. ¿O no?

—Lo sé perfectamente, señor.

—De acuerdo. La espero. ¿Cuánto tardará?

—Quisiera hacer las cosas de modo que nadie sospechase nada, señor. Por tanto, sería conveniente que usted llamara a tío Charlie a

su residencia. Dígale que él, a su vez, llame a mi periódico, para que desde allá me llamen por teléfono a este hotel, reclamándome en la redacción con absoluta urgencia. Cualquier compañero de allá se prestará al juego de mil amores, y siempre podré darle una explicación satisfactoria cuando lo vea el lunes.

—Así lo haremos. ¿Algo más?

—No, señor. No sé exactamente a qué hora llegaré junto a usted. Veamos… Son casi las once y media, así que podemos calcular que la llamada para que regrese a casa se producirá hacia las doce, entre unas cosas y otras. Parecería absurdo salir en coche para Washington sin almorzar, así que tendré que hacerlo en el hotel. Conseguiré un auto, y diré que en Washington tomaré un avión para casa.

—Bueno, no debe darme tantos detalles. Sé que usted se las arregla siempre bien. ¿Necesita algún Simón, alguna clase de ayuda…?

—No, no. Por ahora, al menos. Se lo diría, en todo caso.

—*Okay*. ¿Puedo calcular su hora de llegada como a las… dos y media?

—Aproximadamente. Eso es todo, señor. Por aquí hace un calor formidable. Voy a ducharme ahora mismo, y bajaré a almorzar.

Hubo unos segundos de silencio. Luego, la voz un tanto tensa de míster Cavanagh, en tono más bajo:

—Le deseo feliz ducha. ¿Cree que puede… resbalar en la bañera?

—En absoluto, señor. Hasta luego.

Brigitte cerró la radio, la guardó, y se puso a canturriar. Se desnudó, se metió en la bañera, y, en efecto, se dedicó con gran placer a tomar una refrescante ducha…, con la pistola siempre al alcance de la mano y la mirada fija en la puerta del baño.

Diez minutos más tarde, con toda tranquilidad, envuelta en la gran toalla desde las axilas, salía al dormitorio, llevando la pistola en la mano derecha, oculta bajo los pliegues de la toalla. Pero no había peligro. La gordísima, hinchadísima china, había desaparecido. Lo cual hizo sonreír angelicalmente a la más astuta espía jamás nacida.

—Perfecto —musitó.

Encendió un cigarrillo.

Por fin, los azules ojos quedaron fijos en el aparato acondicionador de aire. Sí, señor: aquél era un buen lugar. Lo examinó de cerca, complacidísima ante el fresquito que sentía en todo su cuerpo, y por fin fue en busca de una de sus limas para uñas. En dos minutos, había desmontado la placa anterior del aclimatador. Metió dentro los tres microfilms, pegándolos a la cubierta superior con un trocito de su encantador esparadrapo color carne, y tras colocar de nuevo la tapa se retiró unos pasos, contemplando críticamente el aparato. No encontrarían allí los microfilms, desde luego. Sobre todo, porque nadie podía sospechar que ella poseía aquellos diminutos objetos que podían valer hasta veinticinco millones de dólares.

Se colocó la pistolita en el muslo izquierdo, se vistió con un modelito azul maravilloso, y se dijo que había llegado el momento de tomarse un buen almuerzo. Con tanto trabajo, ni siquiera había tenido tiempo de desayunar.

El primero en llegar ante ella fue el apuesto comandante Mulcahy, que la miró con simpático reproche.

—¡No es justo! —exclamó—. ¡Usted no sólo no ha dado un beso al vencedor del campeonato de individuales, sino que ni siquiera ha aparecido por el campo de golf!

Los demás se apiñaron en torno a la mesa donde la señorita Montfort almorzaba en solitario. La espía miró amablemente los rostros sofocados, congestionados, llenos de sol… Todavía llegaban algunos rezagados, comentando animadamente las incidencias de la primera parte del campeonato…

—Créame que lo lamento, comandante —se disculpó dulcemente Brigitte—. Me dormí. Y cuando bajaba para ir al campo de golf, recibí una llamada telefónica, desde Nueva York. Debo ir inmediatamente allá, pues parece que ocurre algo que no pueden resolver sin mí… Así que pensé que antes de ponerme en camino debía comer algo. De verdad que lo siento.

—Bien… Bueno, su explicación es convincente, claro. Lo entiendo.

—Muchas gracias. ¿Quién ganó?

Mulcahy sonrió anchamente, contentísimo.

—El simpático y arrojado comandante Richard D. Mulcahy.

—Oh… —rió Brigitte—. Eso quiere decir que le debo a usted un

beso, ¿no es cierto?

—¡Y no pienso perdonar esa deuda!

Hubo un amable abucheo por parte de los demás oficiales, algunos de los cuales palmearon la ancha espalda del comandante, que parecía el más feliz de los mortales.

—Pero, comandante, ya le dije que yo jamás dejo de cumplir una promesa… Ah, general Rosewall: ¿cómo le fue en el combate… terrestre?

—¡Seguro que habría quedado en mejor lugar en un combate aéreo! —rió el joven capitán Wess.

Los demás se echaron a reír, mientras Rosewall, con una sonrisa a regañadientes, señalaba al exterior.

—Demasiado sol para mí, eso ha ocurrido… Creo que he quedado en el puesto quince o dieciséis…

—¡Diecinueve! —volvió a reír Wess.

—Bueno —rió también Brigitte—, puesto que son ustedes más de diecinueve, creo que es un buen puesto, mi general. ¿Y usted, comandante Lyles?

—Cuarto lugar… Supongo que eso no merece un beso.

—Pues no… Pero quizá le haga una caricia.

—¡Woooauuuhhh! —exclamó Wess—. Entonces, ¿qué me dará a mí, que he quedado tercero?

—Yo creo — opinó sosegadamente el coronel Jenkins— que estamos exigiendo demasiado de tan simpática señorita. A este paso, ella tendría que dar premios a todos.

—Pues no sería mala idea —refunfuñó Gruson—. Al menos, para mí, que he quedado el doce.

—Bueno, bueno, bueno —llamó la atención Mulcahy—. Caballeros, yo he ganado, ¿no es cierto? ¡Pues quiero mi premio!

—¿Ahora? —sonrió Brigitte—. ¿Sin cámaras fotográficas que inmortalicen su victoria en ambos sentidos, comandante? Yo tengo que marcharme dentro de unos minutos. Y se me ocurre una cosa: mañana, a la entrega de premios, con muchas fotografías, daré mis besitos a los tres vencedores: al de hoy, y los del equipo doble de mañana. ¿Acepta?

—Hummm… ¿Eso quiere decir que si formo parte del equipo de dobles que gane mañana tendré dos besos?

—Naturalmente.

—¡Acepto!

—Eres un ambicioso —sentenció el joven teniente Milton—. Pero yo, en tu lugar, haría lo mismo.

Volvieron a reír todos. Alguien propuso que sería buena idea dejar almorzar tranquila a la señorita Montfort, y darse una fantástica ducha antes del almuerzo, y, en pocos segundos, entre bromas y risas, la oficialidad de la USAF levantó el vuelo. Solamente quedó ante Brigitte el general Rosewall, que se sentó enfrente de la espía.

—¿Qué significa eso de que se va porque la han llamado de su periódico? Es una broma, supongo.

—En absoluto.

—Mire, señorita Montfort, yo quizá no sea un espía digno de ser tenido en cuenta, pero sus genialidades me tienen… incluso un tanto molesto.

—Quizá se sienta mucho menos molesto si le digo que he encontrado los microfilms.

Rosewall lanzó una exclamación, brillantes sus ojos de alegría.

—¡Los ha encont…! ¿Cómo? —Parpadeó—. ¿Por qué dice que «los» ha encontrado? ¿Acaso más de uno?

—Tres. Cada uno de sus sospechosos tenía un microfilm. Los encontré en sus habitaciones.

—Por Dios… ¿Cómo ha podido hacer todo eso en una sola mañana?

—Porque soy genial. ¿O quizá no se lo parezco? —sonrió.

—Bueno… ¡Desde luego que sí! Me aseguraron que me iban a enviar a un agente infalible, pero… no esperaba tanto, francamente. Y… ¡Por los demonios! ¿Qué estamos esperando para detener a esos tres malditos que…?

—Calma, calma, general… ¿Acaso pretende estropear este simpático campeonato de golf?

—No, claro… Yo… Pe-pero… ¡No está usted hablando en serio! ¿Acaso pretende dejar libres a esos hombres sólo para que no se estropee el campeonato?

—Exactamente. Mi general, yo sé pilotar un avión, pero no se me ocurriría jamás enseñarle a usted nada sobre nuestras Fuerzas Aéreas. ¿Me comprende?

—Pues… sí. Y es cierto: yo no podría enseñarle a usted nada

sobre espionaje.

—De eso puede estar usted completamente seguro. De modo que haremos las cosas a mi manera. No es cierto que yo vaya a Nueva York ahora, sino a Washington. En el hotel me han alquilado un coche, y, si bien todos creerán que voy a Washington para tomar allá un avión, la verdad es que iré a ver a mi jefe supremo. Entre él y yo solucionaremos este asunto. Ustedes sigan jugando su campeonato de golf.

—Está bien… ¿Qué se sabe de Anton Zhachanov?

—Lo que le dije. Lo encontraron, avisaron a la Embajada en Washington, y esta misma mañana han venido a hacerse cargo del cadáver. Ah, respecto a los chinos, espero que tenga usted en cuenta mis indicaciones de anoche.

—Haré lo posible, aunque no le garantizo…

—Quien hace lo que puede, no está obligado a más —sonrió la divina—. Y ahora, será mejor que vaya a ducharse, mientras yo termino mi almuerzo. Ya no nos veremos hasta esta noche, seguramente. Espero estar de vuelta hacia las… nueve o las diez. Y para entonces, todos los ratones tendrán preparada su ratonera.

Capítulo VII

La primera de las ratoneras funcionó con un éxito tan completo que hasta la propia Baby se sorprendió. Había terminado de almorzar, se había cambiado nuevamente de vestido, y, con tan sólo lo puesto y su maletín rojo con florecillas azules, había partido hacia Washington, por carretera. Oficialmente, en Washington, la señorita Montfort debía haber tomado un avión que la llevaría a Nueva York.

Sin embargo, como queda explicado, la trampa funcionó admirablemente. La trampa de Baby, se entiende. Porque, en aquel asunto, y definitivamente, quien llevaba la batuta en realidad era la más bella, dulce, encantadora… y asesina espía del mundo.

Así ocurrieron las cosas: apenas recorridas cinco millas tierra adentro, hacia Washington, en la planicie llena de sol que rodeaba la carretera, Brigitte vio aparecer el coche. Iba dejando una nube considerable de polvo, que dejó de alzarse hacia el cielo cuando el potente vehículo llegó a la carretera…, precisamente llenándola toda, tapando el paso. Como la más inocente criatura del mundo, Baby detuvo el coche alquilado, con seco frenazo, a menos de quince pies del otro que impedía la marcha normal por la carretera. Se apeó, con una graciosa expresión un tanto airada, y fue directa hacia el hombre que conducía el coche desconocido, y que permanecía impávido ante el volante.

—¡Oiga! —protestó la espía—. ¡La carretera es de todos, señor, y si usted cree…!

Se calló bruscamente, mirando con espanto la imponente automática que apuntaba a su cabeza, empuñada por el hombre que ocupaba el asiento trasero. El otro que ocupaba también aquel asiento salió inmediatamente, y se fue hacia el coche de Baby. Mientras tanto, con gran sosiego, el chino que la amenazaba, dijo:

—Suba.

—¡No quiero subir, no necesito para nada su coche! ¡Todo lo que tiene que hacer es dejar libre el camino para que yo…!

—Le digo que suba —sonrió muy a estilo oriental el chino—. Y mi inglés es muy bueno, señorita Montfort.

—¿Me… me conoce usted…? Mire, señor, yo no…

—Si usted no sube ahora por su voluntad, yo entraré su cadáver en el coche. Ya no más tonterías, señorita Montfort. Suba.

Brigitte entró en el coche, que en seguida se puso en movimiento. Retrocedió, dio la vuelta, y emprendió el camino de regreso, por donde había llegado. Mientras tanto, el chino que se había hecho cargo del coche de la espía, salía detrás, y salía de la carretera. Había algunos árboles, vegetación más bien escasa, y un sol radiante, cegador.

—Los denunciaré —suspiró Brigitte.

—De acuerdo —sonrió de nuevo el chino de la pistola—. Pero, hasta entonces, será mejor que se comporte con buenos modales. Quiero que sepa que no vamos a tenerle demasiada consideración, sobre todo después de haber matado a Ton Po… Por favor, no diga nada. Sería perder el tiempo. A estas alturas, las cosas están ya muy claras entre usted y nosotros. ¿Tiene las fotografías?

—¿Qué fotografías?

—Las de un chino y una china, señorita Montfort. Precisamente, las fotografías que usted dijo a su jefe supremo que iba a llevarle personalmente.

—¡Ustedes no pueden saber eso…!

—Ya ve que sí lo sabemos. ¿Las tiene?

—No.

—¿Las ha enviado por algún medio que desconocemos?

—Es posible.

—Ah… Bien… Muy bien. Parece que estamos poniendo las cartas boca arriba. Nosotros sí creemos que lleva usted unas fotografías que podrían habernos perjudicado mucho… si hubieran llegado a Washington, es claro. ¿Nos obligará a registrarla, señorita Montfort?

—No les daré las fotografías.

El chino sonrió una vez más. Ya nadie dijo nada. El coche continuó su marcha fuera de todo camino confortable, dando saltos sobre el desigual terreno. Detrás, el coche alquilado por Brigitte,

conducido por el otro chino. Parecía que sólo hubiera chinos en el mundo. Chino era el conductor, el que la amenazaba, el otro… Nadie parecía tener interés en continuar la conversación.

Cinco minutos más tarde, el coche se detenía a la sombra de unos árboles, junto a un gran remolque de los que suelen utilizarse en vacaciones. Sin duda, dentro del remolque debía haber de todo: luz, agua, cocina a gas, literas… Parecía muy confortable.

—¿Cuánto tiempo llevan ustedes vigilando el «Blue Bay Hotel»? —preguntó Brigitte.

—Salga del coche. Con las manos en lo alto de la cabeza.

Obedeció. Suspiró placenteramente cuando se encontró a la tupida sombra de los altos árboles. La mayoría eran plátanos, pero había también algunos eucaliptos…

—Suba al remolque.

De nuevo obedeció. Dentro del remolque se estaba bien, ya que había sido colocado durante todo el día a la sombra, evidentemente. En pocos segundos, sus ojos se acostumbraron a la luz natural que llegaba del exterior. Había cuatro literas, todas ellas alzadas. Y algunos sillones pequeños, un televisor a pilas, libros… Parecía un encantador lugar para quien decide conocer el país sin moverse de su propio hogar rodante. Y muy económico. El chino de la pistola la empujó, sentándola en uno de los sillones. Poco después llegó el que había conducido el coche de Brigitte, llevando su maletín especial. Fue abierto y examinado. Los objetos que contenía fueron tirados al suelo, sin consideración alguna, hasta vaciarlo completamente. Por fin, el chino encargado de aquel registro miró torvamente a Brigitte, muy poco satisfecho, ciertamente.

—Queremos esas fotografías, señorita Montfort.

Parece que no están en su maletín… ¿Dónde están?

—Son ustedes tres chinos muy malos —sonrió Brigitte—. Y por eso, no les diré nada. Bueno… Sí. Hay una cosa que sí quiero decirles.

—¿Qué cosa?

—El microfilm que contiene todo el «Proyecto Centinela» no llegará jamás a China. Palabra de honor.

—Esa es una cuestión que se resolverá al margen de sus posibilidades —sonrió también el chino de la pistola—. Mientras tanto, nuestro interés se centra en evitar que esas fotografías

lleguen a Washington, sea por el medio que sea. Entendemos que usted las lleva. Las tenía escondidas, las ha recogido del escondite, y ahora, ya sea en su persona, en su maletín o en su coche, las lleva hacia Washington. No nos obligue a ser desagradables. Naturalmente, la vamos a matar, pero… hay muchas maneras de hacerlo. Sólo tiene usted que elegir, entre una muerte dulce y rápida o algo… alucinante, que le parecería durar mil siglos.

—Ya sé que los chinos son muy malos —sonrió Brigitte—. Pero aún no estoy convencida. Yo creo que, en el fondo, ustedes son unos buenos muchachos…

¡Plaf!

Fue una bofetada terrible, contundente, violentísima, que ladeó con fuerza la cabeza de la espía internacional. Cuando volvió a mirar hacia el frente, hacia el chino que la había golpeado, un hilillo de sangre brotaba por entre los sonrosados labios de Baby.

—No tendrán esas fotografías —aseguró, muy dulcemente.

¡Plaf!

El labio inferior de Brigitte reventó, por dentro. Una bocanada de sangre fue engullida angustiosamente por la espía…, pero en los maltratados labios continuaba flotando aquella sonrisa hiriente, mordaz, fría e irónica.

—¿Eso es todo lo que saben hacer los chinos? —murmuró.

El chino volvió a alzar la mano, pero uno de sus compañeros dijo algo, y los tres se reunieron en el otro extremo del remolque. Durante un par de minutos, estuvieron cambiando impresiones, siempre vigilando a Brigitte, que se limpiaba la sangre con un pañuelito blanquísimo. Luego, el que la había estado golpeando volvió a colocarse ante ella, mirándola con cruel expresión.

—Señorita Montfort, usted es una mujer con suerte. Hemos decidido no matarla. Lo único que vamos a hacer es sacarle los ojos, cortarle las manos y los senos, y tirarla a la carretera… Oh, se me olvidaba: también le cortaremos las orejas y la lengua. Tenemos la esperanza de que no va a morir usted, pero… iremos a verla más adelante al lugar donde llevarán sus despojos… para el resto de su vida. ¿Lo ha entendido bien?

—Ustedes no… no pueden hacer eso… ¡No!

—Me parece que sí podemos hacerlo. A menos que usted nos entregue esas fotografías… ¿Las lleva encima?

—Sí… ¡Sí!

—Muy bien. Vamos entendiéndonos. ¿Dónde están?

—En… en mi maletín… Pero no podrían recogerlas ustedes… Si alguien que no sea yo toca ese maletín, explotará… Moriríamos todos.

—¿Ha decidido que le conviene entregarnos esas fotos?

—Yo… Sí… ¡Sí, se las daré! Pe-pero no… no me hagan eso… eso que… que han dicho… Por Dios, no…

—Mire, nosotros estamos esperando el contacto final para marcharnos con el «Proyecto Centinela». No nos interesa usted de un modo especial, pese a que se rumorea que puede ser la agente Baby, a la cual, en verdad, el servicio secreto chino está deseando hacer pedazos. Hacer pedazos, entiéndalo bien; no matarla simplemente. Pero hagamos las cosas con orden, con sensatez. Lo primero es siempre lo primero. Y ahora, lo primero es el «Proyecto Centinela». Por ese lado, todo está en marcha, y está en vías de solución definitiva. Mientras tanto, y con objeto de evitarnos futuras complicaciones en Estados Unidos, queremos esas fotos que podrían comprometer a dos o tres de nuestros mejores agentes. Uno de ellos, como usted bien sabe, es una mujer china. Queremos que siga actuando en Estados Unidos, y el modo de conseguirlo es evitar que quede identificada por sus fotografías. Acabemos: ¿nos da esas fotografías que usted tomó en el hotel?

—Sí… En mi maletín… Pero tengan cuidado…

—Usted tendrá que tener cuidado. Vamos a permitirle que saque esas fotografías de su maletín. Pero no lo olvide: un solo movimiento en falso y ya sabe que la dejaremos viva… y en qué condiciones. Una mujer tan hermosa como usted, sin duda lamentaría mucho quedar convertida en un desecho humano. Veamos esas fotografías.

Dijo algo en chino, y uno de sus compañeros recogió el maletín de Brigitte. Durante casi cinco minutos, el maletín fue de nuevo rigurosa, minuciosamente examinado, mientras la pistolita de Baby era arrancada de su muslo de un seco tirón, y todo su cuerpo registrado groseramente, con gran placer del chino encargado de ello.

—No hay nada peligroso aquí —dijo el chino del maletín.

El otro miró a Brigitte, y señaló el maletín, con gesto seco,

autoritario. Baby fue allá, metió una manita y sacó un frasco de perfume, mostrándolo.

—Es… es un doble fondo en este frasco… Contiene una mezcla de nitroglicerina que…

—Las fotografías.

—Sí… Están en una cápsula que tiene la transparencia del perfume… Las saco en seguida…

Desenroscó el fondo del frasco de perfume, con expresión tensa, como asustada. Con todo cuidado, separó ambas partes y mostró a los chinos la inferior.

—Aquí dentro están las microfotos de la horrible mujer china del hotel —musitó—. La promesa de ustedes…

Los tres chinos habían dado un paso hacia adelante. Y con una rapidez fulgurante, Brigitte lanzó contra el suelo ambas partes del frasco de perfume. Inmediatamente, brotó del suelo una viva llamarada, parecida al fogonazo de un *flash*, y el remolque se llenó de un humo blanquísimo, espeso, densísimo… Se oyeron exclamaciones en chino, y el más cercano a Brigitte disparó su pistola hacia donde una fracción de segundo antes había estado la espía de la CIA Jamás supo si había o no había acertado con su disparo, porque, simultáneamente a éste, recibió en plena frente un terrorífico golpe de karate, que lo tiró de espaldas al suelo, instantáneamente muerto, con la cabeza hundida como si le hubieran golpeado con un hacha.

Y en seguida, tosiendo, Brigitte saltó hacia la salida del remolque… Es decir, hacia donde creía que estaba la salida. Se dio de cara contra la madera, rebotó, y sus manos buscaron desesperadamente un asidero. Encontró el pomo de la puerta, se asió a él y flexionó los brazos. De nuevo golpeó con la cara contra algo, que cedió bajo el tremendo golpe… En un segundo, Brigitte se encontró en el aire, fuera de aquella densísima nube de espeso humo blanco. Como en una visión fugacísima, se vio cayendo de cara al suelo; encogió el cuerpo, puso las manitas por delante, y rodó sin daño alguno, con su característica agilidad de gatita, para quedar en pie, todavía a la sombra de los altos árboles, mirando hacia la salida del remolque.

Uno de los chinos supervivientes apareció allí, pistola en mano, cerrados todavía los ojos, gritando… Brigitte colocó adecuadamente

su mano izquierda y apretó fuertemente el aro de la sortija que llevaba la bonita esmeralda poquísimas veces usada. La esmeralda se abrió en el acto y eso fue todo lo que ocurrió, aparentemente… Pero el diminuto dardo envenenado salió disparado hacia el chino, que gritó con más fuerza, se llevó las manos al rostro y cayó rodando por los escalones del remolque, muerto instantáneamente.

Baby dio media vuelta y echó a correr hacia los gruesos árboles, buscando protección contra los inevitables disparos del tercer chino, que acababa de saltar por encima del cadáver de su compañero, también pistola en mano.

Plop, plop, plop, plop…

Dos de las balas pasaron silbando muy cerca de la cabeza de Brigitte. Otra dio en el suelo, junto a su pie derecho. La cuarta rozó su costado izquierdo, desgarrando el vestido, produciéndole la sensación de un abrasador latigazo en la carne… Y, por último, la super espía saltaba por fin hacia la protección de uno de los gruesos troncos…, mientras a su derecha se oían los ahogados disparos de dos armas silenciosas con diferente tono:

Plof, plof… Plop, plop…

Luego, hubo unos segundos de silencio. La tarde volvía a estar en completa calma, henchida de sol, rutilante, ardiente… La situación era crítica, enervante, angustiosa…

—¡Señorita Montfort! —Oyó.

—¡Somos amigos! —dijo otra voz—. ¿Está usted bien?

Asomó la cabeza, con gran cautela. Los dos hombres se mostraban abiertamente. Todavía tenían las pistolas en sus manos, pero eso ya no podía preocupar a Brigitte, que se puso en pie y salió de detrás del árbol, sonriendo, saludando con una manita. Los dos hombres corrieron hacia ella, guardando sus pistolas. Uno de ellos parecía tener unos cincuenta años, era obeso, de expresión irónica y simpática. El otro quizá tendría treinta y cinco, era alto, seco, de rostro seco y casi antipático.

—Su llegada ha sido bastante oportuna, caballeros —sonrió la espía.

—¿Bastante? Bueno —gruñó el alto y seco—, yo creo que si nosotros no hubiéramos llegado, usted estaría muerta ahora.

—Lo dudo. He salido de situaciones mucho peores. Ese chino era hombre muerto, de todos modos. ¿Por qué no siguieron mi consejo

de marcharse del hotel?

—¿Realmente esperaba convencernos? —sonrió el hombre de más edad.

—Francamente, sí, *monsieur*. Puesto que usted pertenece al Deuxiéme Bureau, habrá oído decir a cierto caballero que ocupa un alto cargo en ese organismo que cuando Baby quiere algo, lo consigue.

—Se me advirtió de su posible intervención en esto… —continuó sonriendo el hombre maduro—. Pero parece que usted no ha… brillado a la altura acostumbrada. De no ser por nosotros…

—Estaría muerta, seguro —sentenció el otro.

—Yo insisto en que no, míster —rió Brigitte—. Sin embargo, no voy a negar que agradezco la ayuda que el MI5 y el Deuxiéme Bureau han querido prestarme.

—Usted, *mademoiselle*, sabía muy bien que no nos iríamos, y que la vigilaríamos estrechamente.

—Contaba con eso, *monsieur*. De otro modo, no me habría metido en la ratonera de esos tres chinos. A decir verdad, ustedes tardaban tanto que tuve que recurrir a mis propios recursos para salir del apuro. Pero… no les guardo rencor.

—¡Esta es buena! —rió el hombre del espionaje francés—. ¡Le hemos salvado la vida y dice que no nos guarda rencor!

—Abreviemos… —deslizó el inglés—. Como ustedes dicen, *the time is money*… El tiempo es oro. *Allright*… Nosotros, señorita Montfort, a cambio de nuestra… amistosa ayuda, queremos el microfilm del «Proyecto Centinela».

—¡No me diga!

—Es que el señor y yo llegamos a un acuerdo… —sonrió el espía francés—. Unir nuestras fuerzas para una causa común. Al fin y al cabo, el hecho de que el MI5 conozca el «Proyecto Centinela» no perjudica en nada al Deuxiéme Bureau. Y viceversa, claro.

—Bueno… Yo supe esta mañana que nadie había abandonado el hotel, de modo que comprendí que los caballeros que habían colocado micrófonos en mi *suite* permanecían en el hotel. Y era lógico que estuvieran vigilándome. Así que jugué todo a esa carta, esperando la ayuda de ustedes precisamente en este momento. Admito que, a su manera, y con cierta oportunidad, me han ayudado. Pero de eso a entregarles el «Proyecto Centinela»…

—*Mademoiselle*… —musitó el francés—. Hemos sabido la mala suerte que ha tenido nuestro colega ruso. Quiero decir con esto que el señor Zhachanov, evidentemente, era un agente soviético que…

—Que fue eliminado por los del servicio secreto chino. Y ustedes habrían corrido la misma suerte de no haberles avisado yo. ¿No es cierto que se han pasado la noche despiertos, atentos, vigilando?

—Bueno… Eso es cuestión aparte. Un simple motivo de agradecimiento personal, señorita Montfort. Usted ha hecho su juego y nosotros, concertando una alianza, nuestro propio juego. Ahora, por favor, queremos ese «Proyecto Centinela».

—Bien… —Brigitte miró las pistolas y sonrió hoscamente—. Parece que tendré que acceder a ello, *monsieur*. Como suele decirse, «del mal, cuanto menos sea posible». Prefiero que ese proyecto lo conozcan Inglaterra y Francia a que lo conozcan los chinos y los rusos. Tengo el microfilm en mi maletín, bien escondido. ¿Vamos a por él?

—No admitiremos ningún truco, señorita.

Brigitte encogió los hombros y comenzó a caminar hacia el remolque. Todavía salía un poco de humo blanco, pero sus efectos eran ya por completo inofensivos. El primero en entrar fue el francés. Luego lo hizo Brigitte y, por último, el británico del MI5…, que fue quien murmuró:

—No quisiéramos tener que disparar contra usted, después de haberla ayudado, señorita Montfort.

—Ustedes, míster, no han sido más que piezas en mis manos. Contaba con su colaboración para ayudarme en esto. De no haber sido así, habría pedido ayuda a Washington, y, en lugar de ustedes, me habrían ayudado una docena de agentes de la CIA.

—No discutiremos esos detalles. ¿Los planos, por favor?

—No los tengo aquí.

—*Mademoiselle, s'il vous plaie*… —rogó el francés.

—En serio, *monsieur*. Tengo esos planos en el hotel. Al venir hacia aquí, sólo quería ser cazada por los amigos de los agentes chinos que han estado actuando en el hotel. Es todo tan fácil de comprender ahora…

—¿Qué es lo que usted comprende?

—Dentro de dos, tres o cuatro horas, alguien vendrá a este remolque, con los planos del «Proyecto Centinela».

—¿Quién será esa persona? ¿El norteamericano traidor?

—No, no… Ese traidor habrá vendido ya el microfilm a los chinos, uno de cuyos agentes, o los que queden en el hotel, vendrán a este remolque muy pronto, con el microfilm. Hasta ahora han estado estudiando algunas fotografías antes de pagar al traidor. Pero, en estos momentos, saben que yo hablé por radio con mi jefe de Washington, mencionando a un chino y una china. Cuando yo no llegue a Washington a la hora prevista, mi jefe enviará algunos compañeros al hotel, y se dedicarán a apresar a todos los empleados o clientes chinos que haya. Eso es peligroso, ¿no creen? Por eso, para evitar que sus agentes del hotel fuesen identificados, estos tres chinos me detuvieron en el camino a Washington, exigiéndome sus fotografías. Fue una trampa que yo le tendí a una china que está trabajando de mucama en el hotel. Sabía que cuando yo saliese hacia Washington, algunos compañeros de ella me detendrían. Y eso era lo que yo quería, a fin de saber quiénes eran, y dónde estaban. Lo sé ahora. Y sólo tengo que esperar a que la china venga aquí con el microfilm que le va a vender el traidor. Tiene que venir, y pronto, ya que, al saber que yo había hablado por radio de ella con mi jefe de Washington, habrá acelerado la compra del microfilm, para desaparecer cuanto antes del hotel. Es decir, que habrá pagado ya al traidor, entregándole un resguardo bancario suizo a cambio del microfilm.

—Entonces…, ¿es cierto que un militar norteamericano se ha vendido?

—Lamentablemente cierto. Pero tendrá su castigo adecuado, desde luego. En estos momentos, está contentísimo con su resguardo de un Banco suizo, por algunos millones de dólares. Mientras tanto, la enorme china, a la que yo dejé escuchar mi conversación con mi jefe de Washington, está preparando su salida del hotel, ya con el microfilm que contiene el «Proyecto Centinela». Tanto ella como el traidor están tranquilos, porque consideran que yo debo estar muerta en estos momentos.

—¿Quiere decir que para conseguir ese microfilm sólo tenemos que esperar aquí a una mujer china que vendrá a reunirse con los chinos que hemos matado para marcharse de estos lugares?

—Exactamente.

—Pues… esperaremos —dijo el inglés—. ¿Quién es el traidor

norteamericano?

Brigitte sonrió secamente.

—Eso no es cuenta suya, míster. Ah… Respecto a todos los informes que se han filtrado hasta ustedes, sepan que ha sido deliberadamente, porque no sabíamos a quién quería vender el microfilm nuestro asqueroso traidor. Y aún les diré más: ha sido, al mismo tiempo, una trampa de mi jefe para conocer cuantos más agentes mejor de los espionajes extranjeros. De donde se desprende, que si los atrapo a ustedes, quedarán detenidos, así como sus compañeros establecidos en Estados Unidos.

—Creí que nos mataría, igual que al ruso —sonrió el inglés, secamente.

—Les digo que al ruso lo mataron los chinos. Igual que los habrían matado a ustedes si, gracias a mi aviso, no hubieran pasado la noche alerta. Los chinos no quieren… competencia, caballeros. Ni yo tampoco. ¿De veras no quieren marcharse?

—Esperaremos ese microfilm, si usted lo permite, *mademoiselle* —sonrió el hombre del Deuxiéme Bureau.

—Corren un gran riesgo. ¿Puedo fumar?

—Por supuesto. Somos unos enemigos… cordiales y considerados.

—Ustedes, míster, sólo son unos insensatos —dijo fríamente Brigitte.

Fue a su maletín, y, bajo la atentísima mirada de los dos espías, sacó su paquete de cigarrillos, sólo con dos dedos. Se puso un cigarrillo en los labios, pareció desconcertada, y se acercó al británico.

—No encuentro mi encendedor. ¿Será tan amable…?

El británico miró al francés, que asintió con la cabeza. Luego sacó su encendedor, y acercó la llama a la punta del cigarrillo de Brigitte, que aspiró el humo con gran deleite.

—Este es un curioso y astutísimo plan de espionaje… —murmuró pensativamente—. Siempre resulta muy curioso el hecho de que existan tres traidores, y no uno solo. Sin embargo, y como mis jefes siempre esperan de mi inteligencia, el caso está resuelto, si todo sale como yo espero. ¡Es tan sencillo, cuando se sabe utilizar la cabeza…!

—¿De qué está hablando ahora?

—Pues de…

No tuvo tiempo de decir nada más. De pronto, de su cigarrillo brotó un chorro de chispas, que fueron directas al rostro del agente británico, con fuerza rugiente. El hombre del MI5 lanzó un alarido, y saltó hacia atrás, protegiéndose el rostro con las manos. En mucho menos tiempo, Brigitte saltaba hacia el hombre del Deuxiéme Bureau, quien, desdichadamente, tuvo una vacilación respecto a disparar contra la dulce muchachita. Esa vacilación le costó un tremendo golpe de karate en la base del cuello, que lo tiró de espaldas, desvanecido en el acto, encogido, crispado.

Baby se volvió contra el británico cuando éste, tambaleándose, todavía no había conseguido aliviarse de las pequeñas quemaduras en el rostro y gritaba furiosamente…

¡Crock…!

Fue un golpe cruel, brutal, en plena yugular. El británico se vino al suelo como muerto, olvidado de todos los dolores y molestias de las chispas que abrasaban su rostro.

Lo primero que hizo Brigitte fue examinar a ambos espías. Estaban vivos. Simplemente, desvanecidos por los terribles golpes de la espía más peligrosa del mundo. Perfecto. Los sacó a rastras del remolque, y los llevó, con toda paciencia y buena voluntad, cansándose y sudando copiosamente, hasta donde habían dejado el coche, casi trescientas yardas lejos del remolque. Cuando tuvo a los dos dentro del auto, pasó al volante, lo puso en marcha y se alejó todavía media milla más. Salió del coche tras dejarlo a la fresca sombra de unos gigantescos eucaliptos, y miró sonriendo a los dos espías. Luego sacó una de sus ampollitas de gas fulminante para dormir, y la tiró dentro del coche. De veinte a veinticuatro horas de sueño era lo único que tenían por delante los agentes del Deuxiéme Bureau y del MI5.

—Vosotros sí que vais a pasar un feliz *week end* —sonrió la divina, regresando a pie hacia el remolque.

Cuando llegó allá, todo seguía igual. Y de nuevo quedó sudorosa por el esfuerzo realizado al subir al remolque a los dos chinos muertos del exterior. Hecho esto, miró su relojito, sonrió fríamente, y encendió un cigarrillo. Bien sabido es que no todas las ratoneras funcionan, pero… no todas las ratoneras del mundo han sido preparadas por Brigitte Montfort, alias Baby.

Ratas…, ¿qué estáis esperando?

Capítulo VIII

Casi tres horas más tarde, la enorme china apareció en escena. Llegaba a pie, acalorada, sudando copiosamente. Por la rendija de la puerta del remolque, Brigitte la vio llegar, jadeando, estremecida de cansancio. Lo comprendió perfectamente. Tal como ella había calculado, habían acelerado la operación, ya que, de no ser así, al no presentarse ella en Washington, tal como la china había oído, varios agentes de la CIA habrían llegado al «Blue Bay Hotel» en busca de una china. Por eso, había acelerado la operación. Había pagado al traidor, había conseguido el microfilm quizá sin que sus compañeros hubieran terminado de valorarlo, y ahora, antes de que llegasen los agentes de la CIA alarmados por el retraso de Brigitte Montfort, la asquerosa china quería levantar el campo…

La vio detenerse a unos treinta pies del remolque, mirando a todos lados.

—¡Tai! —la oyó llamar—. ¡Tai, Wang…!

La amarillenta luz del sol de la tarde entraba por una de las ventanas del remolque, iluminando su resplandor los rostros de dos de los chinos muertos. Pistola en mano, Brigitte notó cómo un fino sudor en la palma la convertía en resbaladiza…

—¡Tao Pin! —Oyó.

Se pasó la lengua por los labios. Nada más fácil que sacar la mano y matar a la enorme china. Pero no podía hacerlo, porque sabía que ella disponía del microfilm con el «Proyecto Centinela». Y tanto podía llevarlo encima como haberlo escondido, o enviado a algún lugar por cualquier medio. Si así era, ella tenía que descubrirlo, y recuperarlo. Lo de menos era matar a la monstruosa criatura amarilla.

Contuvo un respingo cuando la vio acercarse decididamente al remolque. Quizá estaba pensando que sus amigos habían matado a la señorita Montfort, y que estaban enterrándola en alguna parte.

Quería esperarlos en el remolque, eso era todo.

Se colocó a un lado un instante antes de que la puerta fuese abierta.

—Wang —llamó la gordísima criatura.

Oyó luego el gruñido y, en seguida, su fuerte resoplar al subir los cuatro escalones de madera. Era aterrador… Igual que estar encerrado en una jaula, en completa oscuridad, oyendo entrar en ella a un viejo león hambriento. Peor aún: una alimaña cruel, asquerosa, despiadada, sin nobleza alguna. Sus resoplidos eran estremecedores, angustiosos, repugnantes…

—¿Tai?

Brigitte tragó saliva y musitó:

—No se mueva. La mataré en el acto si lo hace.

La china quedó inmóvil un instante. Luego se volvió, lentamente, haciendo caso omiso de la advertencia. En la penumbra sonrosada del interior del remolque, sus diminutos ojos parecían dos pequeños fuegos negros, terribles. Todo su cuerpo oscilaba como si fuese un mar de grasa.

—¿No está muerta? —musitó la china.

—Eso parece. Ahora quiero el microfilm. Inmediatamente. Sé que ha terminado la operación.

—Así es. Una operación que ha costado a China diez millones de dólares, señorita Montfort.

—Poco dinero. Nuestro traidor americano se ha vendido muy barato. Yo hubiera pedido veinticinco millones.

—Nosotros estábamos dispuestos a pagar cincuenta.

—El microfilm. Démelo ahora mismo.

La china se echó a reír. Fue una experiencia absolutamente nueva para Brigitte ver casi trescientas libras de carne amarilla estremeciéndose a efectos de la risa.

—No tendrá ese microfilm… —Hipó la china—. ¡Jamás lo tendrá!

—¿Dónde lo ha escondido o enviado? Acabará diciéndomelo… Sus amigos me hicieron algunas sugerencias para convencer a hablar a cualquier persona.

—No a mí, bella joven, no a mí. Soy Pei Lin… ¿Le dice eso algo?

—En absoluto.

—¿De veras? Pues eso me molesta bastante… En versión un

tanto alterada, soy la… Baby del servicio secreto de China comunista. ¿Cree que la Baby auténtica entregaría ese microfilm?

—Seguramente, no. Ni aunque la hicieran pedazos.

—¡Exacto! —rió Pei Lin—. ¡Usted lo ha dicho! Muchos pedacitos tendrían que hacer conmigo para encontrar el microfilm. Pero, además, hay algo que quiero aclarar con usted, señorita Montfort: se rumorea que usted puede ser precisamente la agente Baby… ¿Qué hay de cierto en ello?

—Yo soy Baby.

—¡Ah! ¡Por fin! Llevo años buscándola por todo el mundo… En varias ocasiones he estado tan cerca de usted que casi podría decir que he notado su piel en mis manos… En Hong-Kong, en Singapur, en Tokio, en el Transiberiano… Y siempre mis manos se han cerrado en el vacío. No es sólo por la recompensa que quiero matarla, Baby… Es algo mucho más grande, mucho más importante. Usted me entiende… Su existencia, su presencia en el espionaje internacional ha sido como un constante desafío personal. Esa fue una de las causas que me determinaron a aceptar el trabajo en este lugar. Tan sólo su nombre me hace arder en odio, en celos profesionales, en furia… ¡Tantas veces he oído hablar de su belleza! Y es cierta… Muy cierta. No se sabe cómo es usted, sólo que es muy hermosa. Ahora yo lo sé, y cuando regrese a China, lo diré: Baby era la señorita Brigitte Montfort, tenía un cuerpo dulce como el tallo de un lirio, los ojos azules como el cielo de las altas montañas, la delicadeza de una flor de primavera… Y posiblemente, para demostrar lo bella que fue usted, lleve su cabeza a China…

—Usted está loca. El microfilm es lo que…

La china se lanzó de pronto contra Brigitte, lanzando un aullido espantoso. El grito de Brigitte fue de auténtico espanto, mientras apretaba el gatillo de su pistolita, apuntando a la grasienta cabeza. Pero la bala sólo dio en un lado de la frente de Pei Lin, que, rugiendo como una bestia enloquecida, cayó con todo su peso sobre el delicado cuerpo de la espía internacional. Fue un choque espantoso, en el que Brigitte perdió la pistola, y fue arrollada, cayendo de espaldas, con aquella mole encima. Sus costillas crujieron cuando Pei Lin la aplastó contra el suelo, causándole tal dolor que estuvo a punto de desvanecerse. Las manos del monstruo amarillo se clavaron en su garganta, apretándola contra el suelo,

como una argolla de muerte, indestructible, invencible… El peso de Pei Lin imposibilitaba todo movimiento a la esbelta espía internacional: era como estar aplastada bajo un montón de rocas.

—¿Quieres saber dónde está el microfilm? —jadeó Pei Lin, apretando sus dedos en la hermosa garganta—. ¡Pues está en mi estómago, de donde no saldrá hasta que llegue a China…! ¿Era eso lo que querías saber, Baby? ¡Pues entérate antes de morir: en mi estómago! ¿Lo sabes? ¿Lo sabes ya? ¿Sabes ya quién te está matando? ¡Yo, Pei Lin, la mejor espía de China, la única, la que durante tanto tiempo te ha estado buscando…! ¡Muere, muere, muere, muere…!

Al borde del desvanecimiento, completamente sumergida en el más grande terror, Baby pudo pasar un brazo por entre los dos de Pei Lin, y su mano, con los dedos índice y corazón rígidos, fueron hacia los ojos del monstruo, que lanzó un chillido, un alarido infrahumano cuando su ojo derecho saltó de la órbita, arrancado por la uñita bien manicurada de la dulce espía. Inmediatamente, la mano de ésta asió los cabellos de la aullante bestia que tenía encima, y tiró con todas sus fuerzas hacia un lado. Con unas fuerzas enloquecidas, fruto del más absoluto y abyecto pánico a la muerte. Con tanta, tantísima fuerza, que Pei Lin fue arrancada de encima del hermoso cuerpo, y quedó de espaldas en el suelo, gritando salvajemente, haciendo esfuerzos vanos por incorporarse.

De rodillas, notando cómo el mundo seguía negro y oscilante a su alrededor, Brigitte tardó todavía un par de segundos en comprender la verdad: Pei Lin no podía levantarse. Su monstruoso cuerpo no estaba capacitado para tal proeza física. Pero sí para deslizarse, como rodando, en un nuevo intento de estrujar entre sus enormes brazos a Baby, que se puso en pie de un salto. Pei Lin chillaba atroces insultos que Brigitte no podía entender, pero sí entendía que la solución estaba allí, a su alcance. Todo podía terminar en un instante. En unos instantes tan sólo.

Se zafó ágilmente del acercamiento de Pei Lin, y, fuera del alcance de sus asquerosas manos, le lanzó un punterazo al hígado. Ese fue sólo el principio…, hasta que, enloquecida, Brigitte pudo colocarse sobre el increíble vientre descomunal, y su mano derecha lanzó hacia la amarilla frente el primero de los golpes mortales de karate.

Pei Lin ya no se movía.

Ella se puso en pie, tambaleándose, fue hacia la puerta y, al querer utilizar los escalones, cayó hacia delante… Fue un durísimo golpe contra el suelo, y quedó allí, jadeante, casi llorando, al borde de la histeria…

Poco a poco, el aire fresco, la sombra de los árboles, la suave tonalidad del sol, el silencio, la paz…, la fueron serenando. Tardó casi tres minutos en recuperar el control de sí misma, en poder ponerse en pie. Miró a su alrededor, todavía estremecida, casi desorientada, aturdida.

—Dios… Santo Dios.

Quiso dar un paso y cayó de rodillas. Se dejó caer de bruces y permaneció así todavía cinco minutos más, escuchando el canto de los pájaros, que adornaban el gran silencio.

Cuando volvió a ponerse en pie, era nuevamente la agente Baby, en plenas funciones. Ya serena, tranquila, recuperada, entró en el remolque, recogió su maletín, y todo cuanto le pareció de interés, y se quedó mirando, estremeciéndose, al monstruo muerto a golpes, con la cabeza hundida, partida. Tenía el microfilm en el estómago… ¿Qué podía hacer? Una solución sencilla, aunque macabra, era abrir en canal aquel horrible cuerpo, pero sólo ese pensamiento le produjo nuevas náuseas.

Salió del remolque y fue hacía el auto de los chinos. Alzó el capó y encontró pronto el tubo de plástico, y el cubo de lona apto para llevar agua. Metió un extremo del tubo en el depósito de la gasolina y succionó con fuerza. Su boca se llenó un instante de gasolina, antes de colocar aquel extremo dentro del cubo de lona. Una vez lleno, vertió el contenido por encima del remolque. Repitió la operación, de tal modo que el remolque quedó empapado en gasolina.

Apartó su coche de allí, lo dejó con el motor en marcha y volvió junto al empapado remolque. Un instante después, con su encendedor, prendía el vehículo por un lado, apartándose rápidamente, mientras una gran llamarada aparecía en el acto, envolviendo coche y remolque.

Cuando, en su coche, se alejaba de allí, Pei Lin y sus amigos eran sólo pequeñas masas que muy pronto serían devorados por las poderosas llamas. De todo aquello podían quedar un par de chasis,

quizá unas cuantas ruedas, hierros… Pero, desde luego, no un estómago.

Ni un microfilm.

El general Rosewall alzó vivamente la cabeza y lanzó una exclamación.

—¡Señorita Montfort!

—Hola, general… —Brigitte se sentó a la mesa, sonriente—. ¿Me invita a un vodka-tonic?

—Cla-claro… ¡Claro! Oh, parece que ha regresado un poco antes de lo que me dijo…

—Cuestión de eficacia. Es lo que yo digo siempre: una persona eficaz, hace su trabajo mejor y más de prisa que un inepto. Eso quiere decir que esa persona debe ganar mucho más dinero.

—Sí… Por Dios… ¿Qué ha pasado en Washington?

—Poca cosa. ¿Dónde están nuestros galantes oficiales?

—Creo que están un poco locos. Hicieron una apuesta a ver quién pescaba la pieza más grande… Están todos en el mar.

—Los envidio… —suspiró Brigitte—. Aunque aquí tampoco se está mal: poca gente, tranquilidad, un ambiente agradable… Me gusta la terraza de este hotel, de veras. Me gusta todo el hotel. Volveré en varias ocasiones cuando quiera pasar un pacífico, hermoso y delicioso week end. Más o menos, como éste.

—¿Llama usted a esto un… delicioso week end?

—Por supuesto. En realidad, este asunto, si bien ha sido importante en cuanto a su contenido, no lo ha sido tanto en cuanto a su… acción. Demasiado simple. ¿Qué me dice de los chinos?

—Los… los chinos… Oh, sí… Bueno, había dos, pero uno de ellos ha… desaparecido. Luego, hay… hay una china gordísima en la lavandería… Creo que se llama Pei Lin, o algo así. Llegaron ambos de San Francisco, recomendados por otro hotel muy importante de aquella costa…

—Bueno… Ha hecho su trabajo… —sonrió Baby—. Y eso es lo que importa. Aunque debo decirle que ya no importan los chinos. Supongo que al querer matarme a mí sufrieron una confusión. Los olvidaremos… El hecho cierto e interesante es que todo está arreglado en Washington.

—¿De qué forma?

—Esperaremos a que termine el campeonato de golf. Y puesto

que he recuperado los tres microfilms, nos tomaremos las cosas con calma. Nuestros tres traidores, regresarán mañana por la noche a Washington. Una vez allá, sin escándalos, serán llamados y… Dios tenga piedad de ellos.

—Entiendo. ¿Así de fácil? ¿Todo resuelto?

—Evidentemente. Tengo los tres microfilms, sabemos quiénes son los traidores… ¿Qué más podemos pedir?

—Claro. ¿Cenaremos juntos esta…?

—Por Dios, no… Estoy cansadísima. Cenaré en mi *suite*, y dormiré hasta bien entrada la mañana. Aunque puede usted decirles a los competidores que al finalizar el formidable torneo estaré allí, para asistir al reparto de premios… y dar los míos. Buenas noches, mi general.

Capítulo IX

No se podía negar que el comandante Mulcahy era un hombre de suerte. Había ganado el sábado el campeonato de individuales, y el domingo el de dobles. A las seis de la tarde, antes de que todos emprendiesen el regreso hacia Washington, hubo el reparto de premios: copas, medallas y menciones. Fue divertido, simpático, y hasta un tanto emocionante. Se tomaron docenas de fotografías de los vencedores, de todos los participantes, en grupos o por parejas o individualmente. La fotografía que no falló fue la de la señorita Montfort con todos y cada uno de los competidores.

Y la que ocasionó un simpático tumulto fue la de dicha simpática señorita besando al comandante Mulcahy dos veces, y luego a su compañero, vencedor en los dobles con aquél. Allí sí que se tiraron fotografías por docenas. Realmente, las personas que aquel week end habían tenido la idea de pasarlo en el «Blue Bay Hotel», no podrían olvidarlo. Todo resultó formidable, simpático, cordial, amable… La única nota lamentable había sido la muerte del señor Zhachanov, víctima de un colapso cardíaco, pero, evidentemente, todos los humanos estamos expuestos a estas jugarretas del corazón. Paciencia, resignación y… que nuestra hora se retrase todo lo posible.

Eran casi las siete de la tarde cuando, tras el consumo de una docena de botellas de champaña, pagadas por el «Morning News» por medio de la señorita Montfort, los *weekenders* dieron por terminadas sus cortas, alegres y emocionantes vacaciones. El día siguiente sería lunes, y el trabajo esperaba a todos. En varios coches, los oficiales, gritando sus últimas despedidas a la maravillosa, inigualable, simpatiquísima, bellísima, deliciosa, despampanante y dulcísima señorita Montfort, se alejaron nostálgicamente del magnífico «Blue Bay Hotel», en Chesapeake Beach, Maryland, USA.

El último, en su coche privado, fue el general Ashley Rosewall, que miraba a la señorita Montfort sacando la cabeza por la ventanilla.

—¿Usted no se va?

—Muy pronto… —sonrió Brigitte—. Estoy esperando uno de los helicópteros de mi periódico, general. No creo que mi amigo Frankie tarde mucho en venir a recogerme. Por cierto, que está enfadadísimo conmigo porque no quise decirle dónde pasaría este week end.

—Sí, sí… Bien… Hasta las diez, entonces, ¿no?

—Las diez en punto. Esta noche tengo mucho trabajo: revelar las fotografías, escribir un simpático reportaje sobre el campeonato… Pero a las diez en punto estaré esperándole en el despacho de mi jefe supremo, en Langley.

—¿Y los traidores?

—Oh, esos… Apenas lleguen a Washington serán… puestos a buen recaudo. Hasta mañana, mi general.

—Adiós… Es usted…

—Diabólica. Lo sé… —sonrió la espía—. Mucho más de lo que muchos tontos piensan. No falte a la cita, mi general. *Ciao*!

A las diez en punto de la mañana, cuando el general Ashley Rosewall fue introducido en el despacho de míster Cavanagh, Brigitte Montfort ya estaba allí, sonriente, fresca y hermosa como si hubiera pasado la noche en el más blando y confortable colchón de flores. La espía alzó una manita en dirección a Rosewall y se colocó una preciosa boquilla de marfil y brillantitos entre los tiernos labios sonrosados, mientras en sus dedos quedaba un cigarrillo, a la espera…

—Buenos días, mi general… —musitó Cavanagh, tendiéndole la diestra—. Agradezco su presencia y su puntualidad. ¿Tiene la bondad de sentarse?

—Gracias. Buenos días, señorita Montfort.

—Espléndidos, diría yo, mi general. ¿Un cigarrillo?

—No, gracias… Bien, yo… quisiera terminar cuanto antes este lamentable asunto… Emmm… Por supuesto, queda bien patente mi agradecimiento a la CIA y… espero… Bien, no quisiera que toda la USAF saliera perjudicada con esto… Quiero decir…

—Le aseguro —dijo Cavanagh— que todo va a hacerse con tanta discreción que sólo los más altos jefes de la CIA y la USAF estarán enterados del asunto. No trascenderá al público, ni a los miembros de nuestras Fuerzas Aéreas.

—De nuevo gracias… —murmuró Rosewall—. ¿Puedo saber cómo se va a solucionar tan delicado asunto?

—Inevitablemente —dijo Brigitte—, tenemos que condenar a muerte a los traidores. No se puede hacer otra cosa, mi general…

—¡Pero eso sería tanto como dar a conocer al mundo que…!

—Espere… —aconsejó Cavanagh—. La señorita Montfort tiene algo más que decir. Adelante, Brigitte.

—Es sobre los microfilms… —suspiró la espía—. Eran tan idénticos, que por fuerza implicaban a los tres oficiales en la traición. Y… me parecieron demasiados traidores, demasiado riesgo para los tres. En definitiva, mi general, le diré a usted que los tres microfilms que encontré eran copias del que originalmente tomó el traidor en el Pentágono.

—No… no comprendo…

—Se lo explicaré. Alguien microfotografió el «Proyecto Centinela», en efecto. Y luego, buscó tres chivos expiatorios. Nada menos que tres. Y aprovechando la estancia de esos tres simpáticos oficiales en el «Blue Bay Hotel», les colocó tres copias en sus equipajes y pertenencias…

—¡Pero…!

—Espere, por favor. Luego, mientras yo daba por solucionado ese asunto, y me ausentaba del hotel, el verdadero traidor vendió el microfilm a la china Pei Lin, del servicio secreto de la China comunista, con toda tranquilidad. Y mientras los tres oficiales honrados serían acusados de traición a la patria, el verdadero traidor, tranquilo, con su resguardo por… algunos millones bien a salvo, regresaba a Washington, y Pei Lin volaba a China, con el microfilm en su estómago.

—Lo que está usted diciendo es… es absurdo, una locura…

—No. Bueno, yo creo que no, mi general. Los tres microfilms han sido examinados y, efectivamente, ha quedado demostrado que son copias idénticas de un original. ¿Se imagina usted tres microfilms, cada uno de los cuales muestra idéntico ángulo en todas y cada una de las microfotos?

—Pudo tomar las microfotos uno de ellos, y luego hacer copias para asegurarse su posesión…

—No. Tres traidores de esta envergadura, son demasiados. Por si fuera poco, los oficiales en cuestión fueron interrogados anoche, apenas llegar a Washington. Por pura fórmula, desde luego. Su asombro, su horror, su desconcierto, eran tales, que hasta un niño habría comprendido que mis suposiciones son las correctas.

—¿Qué suposiciones?

—Pues… ¿Ha oído usted alguna vez ese refrán que dice: «Quien se excusa, se acusa»?

—Claro, pero no… Sigo sin comprender, no sé…

—Mi general: tan fantástica acusación sólo podía hacerla una persona que sí hubiera sido capaz de microfotografiar los planos para venderlos, y que, para cubrirse las espaldas en todo momento y circunstancia, se hubiera propuesto demostrar a la CIA que otras personas sí habían cometido esa traición. ¿Sistema?: se solicita el concurso de la CIA, con toda discreción y bondad. La CIA, dada la gravedad del caso, moviliza a su mejor agente, el cual, sin lugar a dudas, por poco listo que fuese, tenía que encontrar los microfilms que el auténtico traidor colocó en los equipajes y ropas de los tres inocentes oficiales. Más adelante, si se descubría que China conocía nuestro «Proyecto Centinela», sólo cabría pensar que, además de esas tres copias, los tres traidores, ya ejecutados, habían podido vender otra copia más. Pero nadie sospecharía del auténtico traidor, que, obviamente, es la persona que movilizó todo el asunto.

—Usted… me está acusando a mí de… de traidor…

—En efecto, mi general. ¿Va usted a negarlo? Quiero que sepa que no me importa cuánto dinero le pagaron, ni de qué modo, ni dónde lo tiene usted a la espera de ir a Las Vegas a «ganar» dos millones de dólares… No me importa nada de eso, pero sé que usted es el traidor. Lo sé positivamente. Es… un grito de mi corazón, o de mi inteligencia, o de mi… suerte. Lo sé. ¿Lo niega usted?

Ashley Rosewall suspiró profundamente.

—No… —susurró—. No lo niego.

Míster Cavanagh, que ya estaba pálido, quedó completamente lívido.

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo, mi general? —musitó.

—Sí.

—Por el cielo… Cuando Baby habló conmigo pensé que estaba loca… Por el amor de Dios…, ¿se da cuenta de lo que ha hecho?

—No pude hacerlo, por culpa de Baby. Es decir, lo hice, pero… no lo disfrutaré. Sin embargo, el microfilm está camino de China…

—No. Está quemado en el asqueroso estómago de Pei Lin, de la cual ojalá no hayan quedado ni los huesos —dijo Brigitte—. Yo arreglé el asunto a mi modo, general Rosewall. Pero ahora… Ahora no sé qué hacer con usted.

—Tendrán que juzgarme… —sonrió secamente Rosewall—. Y eso no va a ser muy fácil, sin pruebas. Mientras tanto, toda la USAF sufrirá las consecuencias de la traición de uno de sus generales… No va a ser divertido.

—Ni aburrido… —aseguró fríamente Brigitte—. ¿Recuerda usted a Anton Zhachanov?

—Desde luego.

—Era un espía… Un amable espía que merecía todos mis respetos. Bien entendido que yo diferencio mucho a un espía de un traidor, por supuesto. Cualquier espía merece mi respeto, y, como he hecho muchas veces si eso era posible, los dejo marchar en paz… Es una norma mía, general: espías, sí; traidores, no. Ya dije en una ocasión…, en muchas, que no me gustan los traidores.

—¿Y qué piensa hacer al respecto? ¿Escupirme a la cara? —se rió cínicamente Rosewall.

—Yo no soy tan grosera, señor mío. Eso de escupir, se queda para la gente de baja estofa. Yo, simplemente, mato. Dentro de mi cabeza se acumulan datos, se realiza un juicio, y se produce una sentencia. La suya, para beneficio de la patria y de la USAF, ha sido ya dictada: muerte.

—¡Es usted una ilusa! ¡Sin pruebas…! ¡Eh! ¿Qué…?

Ashley Rosewall se dio una palmada en el cuello, poniéndose bruscamente de pie. Durante una fracción de segundo miró con expresión atónita a Brigitte Montfort, cuyas mejillas permanecían todavía hinchadas en un gracioso gesto de expulsión de aire.

Y antes de comprender la verdad, antes de saber que moría bajo los efectos del veneno de un diminuto y finísimo dardo, Ashley Rosewall, traidor a la patria, rodaba por el suelo.

Mister Cavanagh lanzó un grito, se puso en pie de un salto,

rodeó la mesa y se inclinó sobre el general. Cuando alzó la cabeza, sus ojos fueron hacia aquellos tan azules y bellos como el cielo.

—Sentencia cumplida… —musitó—. Pero, por el amor de Dios, Brigitte…, ¿cómo vamos a explicar esto…?

—¡Pobre general Rosewall! —suspiró gélidamente la más divina e implacable espía del mundo—. Igual que mi colega Anton Zhachanov, acaba de sufrir un colapso cardíaco. Pero no tiene motivos para quejarse: al menos, él vio el final del campeonato, disfrutó de todo el amable y alegre week end… ¿Qué más podía pedir?

Este es el final

Casi a medianoche, la agente Baby, que, excepcionalmente, había aceptado dirigir la redacción del informe para los archivos de la CIA, llegaba junto al helicóptero que la esperaba ya con las aspas girando. Junto a ella, cojeando de aquel modo tan característico, llegó *mister* Cavanagh, que le tendió la mano cuando ambos se detuvieron, un poco encogidos bajo las aspas.

—Como se suele decir, es de sabios variar de opinión. Creo que la CIA jamás realizó tan buen negocio. Esto… No se aleje mucho de Nueva York, Brigitte. Presiento que pronto tendré que enviarla a algún lugar del mundo.

—De este sucio, podrido y triste mundo —murmuró la espía—. ¡En fin…! Las cosas, y sobre todo las personas, hay que aceptarlas como son. Hasta la vista…, Simón.

Besó a *mister* Cavanagh en los labios, levemente, dulcemente. Y antes de que el jefe de los agentes de Acción de la CIA, hubiera conseguido recuperarse de su emoción, el helicóptero estaba ya en el aire, llevándose a la más fabulosa y divina espía que jamás había existido en todo el universo mundo. Ciertamente, la CIA acababa de realizar un formidable negocio: recuperar a Baby.

Estaba ya *mister* Cavanagh a punto de dar media vuelta y marcharse, cuando, del helicóptero brotó una luz, y otra, y otra… Los destellos se fueron sucediendo, formando el mensaje, en morse:

«ESTE ES UN MENSAJE PARA TODOS LOS SIMONES DEL MUNDO. *Stop*. VUESTRA BABY ACABA DE SER READMITIDA EN LA GRAN FAMILIA DE LOS ESPÍAS AMERICANOS. *Stop*. DESDE CUALQUIER PUNTO DEL MUNDO EN QUE ME HALLE Y SIEMPRE CON MI AMOR ESTARÉ PENSANDO EN VOSOTROS. *Stop*. FIRMADO

BABY».

Cavanagh soltó un gruñido y comenzó a caminar hacia el gran edificio. Aquella muchacha, siempre con sus genialidades… Se paró en seco al ver la luz de una linterna, entre un grupo de álamos, alejados de allí. También en morse, hacia el cielo partió este mensaje:

«HIP… HIP… HURRA. FIRMADO SIMON».

Sonriendo, Cavanagh reanudó su marcha hacia el edificio… Y de pronto se detuvo de nuevo, como fulminado por un rayo. ¡Era el más cochino, desagradable, antipático y egoísta de todos los hombres del mundo! ¡Había dejado marchar a Baby sin invitarla a champaña con guindas!

FIN

Notas

[1] Véase la novela doble titulada *Proyectil Caribe*. < <

[2] Véase la aventura de Baby titulada *Minicerebros*. < <

[3] En ruso: «Adiós, camarada Anton Zhachanov». < <